



Robert Louis Stevenson

Los colonos de silverado



E LEJANDRIA

Los colonos de Silverado

Robert Louis Stevenson

**Libro descargado en www.elelandria.com, tu sitio web de obras de
dominio público**

¡Esperamos que lo disfrutéis!

El escenario de este librito es una montaña alta. Por supuesto, hay muchas más altas; hay

muchas con un perfil más grandioso. No es

lugar de peregrinaje para el trotamundos de

bolsillo, pero para uno que vive en sus laderas,

el Monte Santa Helena pronto se convierte en

un centro de interés. Es el Mont Blanc de una

sección de la Cadena Costera californiana, sin

que ninguno de sus vecinos próximos alcance

la mitad de su altitud. Domina un país muy

verde y escarpado. En primavera alimenta mu-

chos arroyos de aguas bravas. Desde su cima se

puede tomar una lección de geografía excelen-

te: se ve, al sur, la bahía de San Francisco, con

Tamalpais a un lado y Monte Diablo al otro; al

oeste, y a treinta millas, el océano abierto; hacia

el este, a través de los maizales y los espesos

juncos de los pantanos del valle de Sacramento,

donde el ferrocarril Central Pacific comienza a

escalar las laderas de las Sierras; y hacia el nor-

te, por lo que sé, la blanca cabeza de Shasta
dominando Oregon. Tres condados, el Conda-
do de Napa, el Condado de Lake y el Condado de Sonoma, recorren sus
abruptas estribaciones. Su pico desnudo está casi a cuatro mil qui-
nientos pies sobre el mar; sus laderas están
bordeadas de bosques; y el suelo, pelado, brilla
tibio de cinabrio.

La vida a su sombra transcurre plácidamen-
te. Ciervos, osos, serpientes de cascabel y anti-
guas operaciones mineras son las charlas bási-
cas de los hombres. La agricultura apenas había
comenzado a extenderse desde el valle. Y aun-
que en unos pocos años todo el distrito pueda
estar sonriendo con granjas, trenes que al pasar
sacudan la montaña hasta el corazón, hoteles
con muchas ventanas iluminando la noche co-
mo fábricas y una próspera ciudad ocupando el
lugar de la somnolienta Calistoga, no obstante,
mientras tanto, alrededor de la montaña, el
silencio de la naturaleza reina en gran medida

intacto, y la gente de la colina y del valle se pasea dedicándose a sus asuntos como en los tiempos de antes del diluvio.

Para llegar al Monte Santa Helena desde San Francisco, el viajero tiene que cruzar dos veces la bahía: una por el ajetreado transbordador de Oakland, y otra vez, después de aproximadamente una hora de tren, desde el trasbordo del empalme de Vallejo a Vallejo. Desde allí se toma una vez más el tren para subir la gran cuenca verde del Valle de Napa.

En todas las contracciones y expansiones de ese mar interior, la Bahía de San Francisco, puede haber pocos escenarios más monótonos que el transbordador de Vallejo. Orillas yermas y un bajo islote baldío rodean el mar, y a través del estrecho la marea borbotea lodosa como un río. Cuando hicimos la travesía (con destino, aunque todavía no lo sabíamos, a Silverado) el vapor saltaba y las negras boyas bailaban en el agitado mar; la brisa del océano llevaba un frío

mortal, y aunque el cielo en lo alto todavía no tenía rastros de vapor, las brumas marinas entraban a raudales desde mar adentro, sobre las cimas de las colinas del Condado de Marin, formando una gran nube plateada e informe.

Vallejo del Sur es el prototipo de muchas ciudades californianas. Fue una metedura de pata; el lugar había resultado insoportable, y aunque todavía es joven en una escala europea, ya ha empezado a ser abandonado a favor de su vecino y homónimo Vallejo del Norte. Un largo malecón, cantidad de tabernas, un hotel de gran tamaño, estanques pantanosos donde las ranas entonan su croar, e incluso a pleno mediodía la total ausencia de un rostro o una voz humana: éstos son los rasgos de Vallejo del Sur. Sin embargo, había un edificio alto junto al malecón llamado el *Star Flour Mills* y, camino del mar, barcos completamente enjarcados se alineaban paralelos y muy cerca de la orilla,

esperando su cargamento. Pronto se lanzarían a rodear el Cabo de Hornos, pronto la harina del *Star Flour Mills* desembarcaría en los muelles de Liverpool. Por eso, también constituye uno de

los puestos avanzados de Inglaterra. Desde allá, hasta este lúgubre molino, a través de las profundidades del Atlántico y del Pacífico, y rodeando el glacial Cabo de Hornos, esta multitud de barcos grandes, de tres mástiles, de alta mar, vienen de vacío y regresan con pan.

The Frisby House, porque así se llamaba el hotel, era un lugar en decadencia, como la ciudad. Ahora había sido cedido a los trabajadores y en parte estaba en ruinas. A la hora de la cena se producía el despliegue habitual de lo que en el oeste se llama una *pensión de veinticinco centavos*: el mantel de cuadros rojos y blancos, la plaga de moscas, las jaulas de alambre de las gallinas sobre los platos, la gran diversidad e invariable vileza de la comida y los desarrapa-

dos devorándola en silencio. En nuestro dormitorio, la estufa se negaba a arder, aunque solía echar humo; y mientras una ventana no se abría, la otra no se cerraba. Había una vista sobre un trozo de carretera vacía, unas cuantas casas oscuras, un burro vagando con su sombra por una cuesta, y un mínimo de mar, con un barco alto anclado a la luz de la luna. A todo alrededor de aquella triste posada las ranas cantaban su torpe coro.

A la mañana siguiente, temprano, subimos la colina a lo largo de una senda llena de palos, atravesando un lugar pantanoso tras otro. Aquí y allá, según ascendíamos, pasábamos por delante de una casa camuflada por rosas blancas. La mayor parte de la bahía se hizo visible y enseguida la cumbre del Tamalpais surgió sobre el nivel verde de la isla de [enfrente](#). Nos decía que sólo nos quedaba un pequeño trecho hasta la ciudad de las Puertas de Oro¹, que por

entonces ya empezaba a aparecer entre las colinas arenosas. Nos llamaba por encima de las

1 *The city of the Golden Gates*: nombre por el que se conoce a la ciudad de San Francisco. (N. del T.)

aguas con la voz de un pájaro. Su majestuosa cabeza, azul como un zafiro sobre el más pálido

azul del cielo, nos hablaba de horizontes más amplios y del brillante Pacífico. Pues Tamalpais hace guardia, como un faro, sobre las Puertas de Oro, entre la bahía y el océano abierto, y recorre con la mirada a ambos con indiferencia.

Incluso cuando lo vimos y saludamos desde Vallejo, los marineros, allá lejos en el mar, lo estaban observando con ojos entornados y, como en respuesta al pensamiento, uno de los grandes barcos de allá abajo comenzó a vestirse en silencio con blancas velas, de regreso a casa, hacia Inglaterra.

Durante una parte del camino más allá de Vallejo, el ferrocarril nos conducía a través de

verdes pastos pelados. Hacia el oeste, las accidentadas tierras altas de Marin cortaban el océano; en medio, en brazos largos, dispersos, refulgentes, la bahía desaparecía entre la hierba; había unos cuantos árboles y unos cuantos cercados; el sol lucía a todo lo ancho sobre las mesetas abiertas, las colinas desmochadas se perfilaban claras contra el cielo. Pero más tarde, estas colinas empezaban a acercarse a ambos lados y, primero matorral y luego bosque, comenzaban a vestir sus laderas. Enseguida nos alejamos de todas las señales de la vecindad del mar, ascendiendo por un valle interior y regado. Se nos presentaba una gran variedad de robles, ora de forma dispersa, ora en un incipiente bosquecillo, entre los campos y los viñedos. Las ciudades eran compactas, en proporciones casi iguales, de casas nuevas brillantes, de madera y árboles enormes, y la campana de la capilla de la fábrica, que sonaba de la forma

más festiva aquel domingo soleado mientras subíamos una ciudad verde tras otra, y los ciudadanos endomingados se apelotonaban para ver a los forasteros, con el sol lanzando sus destellos sobre las limpias casas y las grandes cúpulas del follaje que murmuraban por encima de las cabezas en la brisa.

Este amable Valle de Napa está cerrado por nuestra montaña en su extremo norte. Allí, en

Calistoga, la vía férrea se detiene y el viajero que intenta adentrarse más allá, hacia los geiseres o los manantiales del Condado de Lake, debe atravesar las estribaciones de la montaña en diligencia. De esta forma, el Monte Santa Helena no sólo es una cumbre, sino una frontera, y en el momento de escribir estas páginas había impedido el progreso del caballo de hierro.

EN EL VALLE

I - CALISTOGA

Es difícil para un europeo imaginarse Calistoga, ya que todo el lugar es tan nuevo y de un

modelo tan occidental... El propio nombre, según he oído, lo inventó durante una cena el hombre que encontró los manantiales.

El ferrocarril y el camino ascienden por el valle más o menos paralelos. La calle de Calistoga los une, perpendicular a ambos; una calle ancha, con casas bajas, limpias y brillantes, aquí y allá una marquesina sobre la acera, aquí y allá un abrevadero, aquí y allá ciudadanos repantigados. Otras calles están señaladas y en su mayoría bautizadas, pues estas ciudades del Nuevo Mundo comienzan con la firme resolución de expandirse: Washington y Broadway, y luego Primera y Segunda, y así sucesivamente, siendo trazadas con vigor tan pronto como la

comunidad se permite un plan. Pero, mientras tanto, toda la vida y la mayor parte de las casas de Calistoga se concentran en esa calle entre la estación del ferrocarril y la carretera. Nunca oí que la llamaran por ningún nombre, pero me atrevo a suponer que es Washington o Broadway. Aquí está la herrería, la farmacia, el almacén general y Kong Sam Kee, la lavandería china; aquí probablemente esté la oficina del periódico local (ya que el lugar tiene periódico; todos tienen periódicos), y, por supuesto, aquí está emplazado uno de los hoteles, el Cheeseborough's, desde donde el valeroso Foss, un hombre legendario, parte con sus caballos hacia los geiseres.

Conviene recordar que estamos en una tierra de conductores de diligencias y salteadores de caminos: una tierra, en este sentido, como Inglaterra hace cien años. El salteador de caminos (curiosamente llamado agente de carreteras) todavía está en activo por estos contornos. La

fama de Vasquez es aún reciente. Hace sólo unos pocos años, la diligencia de Lakeport fue asaltada a una o dos millas de Calistoga. En 1879, el dentista de Mendocino City, a cincuenta millas hacia la costa, colgó los hábitos de su oficio, como Grindoff en *El Molinero y sus hombres*, y surgió flamante en su segunda encarnación como capitán de bandidos. A un gran robo le siguió una larga persecución, una persecución de días, si no de semanas, entre el escarpado terreno de las colinas, y a la persecución le siguieron escaramuzas sin ilación, en las que varios (y creo que el dentista entre ellos) mordieron el polvo. La hierba brotaba por primera vez, alimentada con su sangre, cuando yo llegué a Calistoga. Recuerdo otro salteador del mismo año.

—Había estado decaído —decía su defensa humorística—, y el doctor le dijo que tomara algo, así que tomó por asalto el cofre del correo.

El culto al conductor de diligencias siempre

llega a su culmen cuando hay ladrones en el camino, y cuando el guarda viaja armado y la diligencia no es tan solo un vínculo entre el campo y la ciudad y el vehículo de noticias, sino que también tiene un ligero aroma guerrero, como un hombre que tuviera un hermano soldado. California alardea de sus famosos conductores de diligencias, y entre los famosos no se olvida a Foss. A lo largo de carreteras abominables y sin vallar, lanza su tiro prestando poca atención a la vida humana o a la ley de probabilidades. Los viajeros asustadizos, que se ven bordeando la eternidad en cada esquina, contemplan con admiración natural el semblante, carnoso, impávido y enorme de su conductor. Tiene el mismo aspecto que el conductor de la anécdota de Sam Weller, que disolvió una reunión electoral en el momento requerido. Circulan historias maravillosas acerca de su habilidad y prontitud. Una en particular, de

cómo uno de sus caballos cayó en un pasaje
peliagudo del camino y cómo Foss soltó las
riendas y, pasando por encima del animal caí-
do, llegó a la siguiente parada sólo con tres.

Esto lo cuento como lo oí, sin garantías.

Sólo vi a Foss una vez, aunque por extraño que pueda parecer, he hablado
con él dos veces.

Vive fuera de Calistoga, en un rancho llamado
Fossville. Una tarde, tiempo después de que se
hubiera ido a casa, pasé por el Cheeseborough's
y me preguntaron si me gustaría hablar con el
señor Foss. Suponiendo que la entrevista era
imposible y que simplemente me llamaban pa-
ra que me sumara al sentimiento general, res-
pondí de forma intrépida:

—Sí.

Al momento tenía un instrumento en mi ore-
ja y otro ante mi boca, y me encontré sin nada
que decir en el mundo, conversando con un
hombre a varias millas de distancia entre las

colinas desoladas. Foss dio por terminada la conversación de una forma rápida y algo lastimera y volvió a su ponche nocturno, en tanto que yo reanudé mi paseo por la calle mayor de Calistoga. Pero era muy raro que aquí, en lo que estamos acostumbrados a considerar como los mismos límites de la civilización, hubiera usado el teléfono por primera vez en mi civilizada carrera. Así sucede en estos países jóvenes; teléfonos, y telégrafos, y periódicos, y anuncios que se habían adelantado entre los indios y los osos pardos.

Solitario, al otro lado de las vías, se yergue el Hotel Springs, con sus casitas subsidiarias. El suelo del valle está completamente al ras de las mismas raíces de las colinas; sólo aquí y allí un altozano, coronado de pinos, surge como la cresta de un cacique indio famoso en la guerra.

Contra uno de estos altozanos se yergue el Hotel Springs, o más bien se erguía, pues desde que estuve allí el lugar ha ardido y se ha vuelto

a levantar de sus cenizas. Un cuidado césped se extiende alrededor del hotel, y el césped está a su vez rodeado por un sistema de casitas de cinco habitaciones, cada una de ellas con un porche y una palmera delante de la puerta. Algunas de las casitas están alquiladas por residentes, y se ven adornadas con flores. El resto está ocupado por huéspedes del hotel, y es ésta una costumbre muy agradable, gracias a la cual uno tiene una casita de campo propia, sin cargas domésticas, por días o por semanas.

Los alrededores del Monte Santa Helena están llenos de azufre y de fuentes termales. Son famosos los geiseres, y era el gran balneario de los indios antes de la llegada de los blancos. El Condado de Lake está salpicado de balnearios; Hot Springs y White Sulphur Springs son los nombres de dos estaciones de ferrocarril del valle de Napa, y la misma Calistoga parece reposar sobre una simple película por encima

de un lago subterráneo e hirviente. En un extremo del recinto del hotel están los manantiales de los que toma su nombre, lo bastante calientes para escaldar seriamente a un niño mientras yo estaba allí. En el otro extremo, un inquilino cavó un pozo y el agua también manaba hirviendo de allí. Esto mantiene a este

extremo del valle tan caliente como una tostada. Me he acercado por el hotel poco más tarde

de las cinco de la mañana, cuando una niebla marina del Pacífico flotaba espesa, gris, oscura y sucia sobre las cabezas, y me he encontrado con que el termómetro se había levantado antes que yo y había trepado hasta los noventa grados; y en el ajetreo del día a veces hacía demasiado calor para moverse.

Pero, a pesar de este calor por arriba y por abajo, que lo cocía a uno por todas partes, Calistoga era un lugar agradable para vivir; maravillosamente verde, ya que entonces era el

momento más favorable del año californiano, cuando se han acabado las lluvias y el verano polvoriento aún no se ha asentado; visitado a menudo por brisas frescas, ora de la montaña, ora del mar a través de Sonoma; muy tranquilo, muy ocioso, muy silencioso salvo por las brisas y las esquilas en los campos. Y había algo satisfactorio en la visión de esa gran montaña que se elevaba al norte: tanto si estaba bañada por la luz del sol, temblando hasta su más alta cima por el calor y el brillo del día, como si se disponía a tejer vapores, con una hilacha tras otra, creciendo, temblando, escapando y disipándose en el azul.

Las laderas enmarañadas, boscosas y casi sin hollar que rodean el valle, aislándolo de Sonoma hacia el oeste y de Yolo hacia el este (siendo como eran de perfil áspero, excavadas por los torrentes invernales, cortadas a pico, y coronadas por pinos inclinados), se veían reducidas al

tamaño de satélites por la masa imponente del Monte Santa Helena. Las sobrepasaba en dos tercios de su propia estatura. Las superaba por lo escarpado de su perfil. Su gran cima pelada, limpia de árboles y pasto, un pedregal de cuarzo y cinabrio, rechazaba la familiaridad con la espesura lóbrega y tupida de cimas menores.

II.— EL BOSQUE PETRIFICADO

Nos alejamos del Hotel Springs a eso de las tres de la tarde. El sol me calentaba hasta las entrañas. Un viento frío, intenso, recorría sin pausa el valle hacia abajo, cargado de perfume. Arriba, en lo más alto, quedaba el Monte Santa Helena, una masa montañosa, pelada en la cima, con las estribaciones rodeadas de árboles e irradiando calor. Una de las veces lo vimos enmarcado por un bosquecillo de robles blancos altos y exquisitamente elegantes, en una acabada composición de líneas y colores. Pasamos junto a una vaca que pastaba al borde

del camino, agitando su cencerro lentamente al ritmo de sus mandíbulas rumiantes, con su gran cara roja rodeada por media docena de moscas, un monumento a la alegría.

Un poco más lejos dimos a la izquierda con un sendero de montaña, y durante dos horas

fuimos enlazando un valle con otro, verdes, tupidos, repletos de maderas nobles, que nos proporcionaban una y otra vez una visión del Monte Santa Helena y el horizonte de colinas azules, y cruzamos muchos arroyos, a través de los cuales chapoteábamos al paso de la carreta.

A derecha e izquierda apenas había huellas del hombre, salvo el sendero que seguíamos. Creo que en todo el camino apenas pasamos por una casa de rancho, y ésta estaba cerrada y sin humo. Pero teníamos la compañía de estos arroyos brillantes —deslumbrantemente claros, como acostumbran, salpicando con diamantes las ruedas y haciendo surgir un vivo frescor a

través de la luz del sol. Y entre la innumerable variedad de verdes, las masas de follaje se mecían en la brisa, las miradas a la distancia, las bajadas por los matorrales aparentemente impenetrables, los continuos desvíos del camino que hacían apresurarse hasta sumergirse de nuevo en los matorrales, teníamos un estupendo olor a madera, a primavera y a aire fresco.

Nuestro conductor me dio una conferencia por el camino sobre los árboles californianos, algo que yo necesitaba muchísimo, porque había caído entre pintores que no sabían el nombre de nada y mejicanos que no sabían el nombre de nada en inglés. Me enseñó el madroño, el manzanillo, el castaño de Indias, el arce; me mostró la codorniz, y unas secoyas jóvenes que ya apuntaban hacia el cielo desde los despojos de las viejas, porque en este distrito todo había perecido ya: las secoyas y los pieles rojas, las dos clases de seres vivos indígenas

más nobles... ambas extintas.

Finalmente, en un pequeño valle, entramos por una enorme puerta de madera con un letrero encima similar al de una posada. «El Bosque Petrificado. Propietario: C. Evans», decía la leyenda. Dentro, en una loma cubierta de césped, estaba la casa del propietario y otra casa más pequeña, a modo de museo, donde se vendían fotografías y petrificaciones. Era un puro islote turístico entre estas colinas solitarias.

El viejo propietario era un valeroso sueco de cara blanca. Había recorrido este camino, Dios sabe cómo, y había ocupado sus acres (no recuerdo hace cuántos años) él solo, doblado por la ciática y con setenta y cinco centavos en el bolsillo y un hacha al hombro. Largos e inútiles años de marinería le habían dejado en las últimas, sin dinero y enfermo. Sin duda, había buscado fortuna en las excavaciones y no había

conseguido nada; sin duda, había amado a la botella y había llevado una vida de marinero en tierra. Pero al final de estas aventuras llegó aquí, el lugar le gustó y se asentó allí abajo para darle una nueva vida, lejos de las olas y la mar salada. Y la simple visión de su rancho le había hecho bien. Era «el lugar más agradable de las montañas de California».

—¿No lo sigue siendo ahora? —dijo.

Cada penique que conseguía iba al rancho para hacerlo más agradable. Luego, el clima, con la brisa marina todas las tardes en el tiempo de verano más caluroso, le había curado gradualmente la ciática, y su hermana y su sobrina le acompañaban —o más bien, la sobrina venía una vez cada dos días y mientras tanto enseñaba música en el valle. Y luego, mediante un último golpe de suerte —el lugar más agradable de las montañas de California— había producido un bosque petrificado, que ahora el

señor Evans enseñaba por la modesta cantidad de medio dólar por cabeza, o dos tercios de su capital cuando llegó por primera vez con un hacha y una ciática.

Este tardío favorito de la fortuna (con una pequeña cojera, como en recuerdo de la ciática, creo, pero sin rastros del mar que yo pudiera detectar), completamente ruralizado de la cabeza a los pies, procedió a acompañarnos por la colina de detrás de su casa.

—¿Quién fue el primero en encontrar el bosque? —preguntó mi mujer.

—¿El primero? Yo fui ese hombre —dijo—.

Estaba limpiando el pasto para mis animales, cuando encontré *esto* —y dio un puntapié a una gran secoya, de siete metros de diámetro que yacía allí a su lado, con el corazón hueco, sujetando trozos de corteza, todos mezclados con la piedra gris, con vetas de cuarzo entre lo que habían sido las capas de la madera.

—¿Se sorprendió usted?

—¿Sorprenderme? ¡No! ¿Cómo me iba a sorprender aquello? ¿Qué sabía yo de petrificaciones... después del mar? ¡Petrificación! ¡No existía aquella palabra en mi vocabulario! La que sí que conocía era putrefacción. Pensaba que era una piedra, igual que habría hecho usted si hubiera estado limpiando pasto.

Y ahora tenía una teoría propia, con la que yo no estaba demasiado de acuerdo, excepto en

que los árboles no habían «crecido» allí. Pero mencionó, con evidente orgullo, que él era diferente a todos los científicos que habían visitado el lugar, y soltaba palabras tales como «toba» y «silicato» con una libertad pasmosa.

Cuando mencioné que yo era de Escocia, dijo: «Mi viejo país, mi viejo país», con una mirada sonriente y un tono de afecto verdadero en su voz. Me quedé profundamente sorprendido, porque obviamente era escandinavo, y le pedí que me lo explicase. Parece que había aprendi-

do inglés y había hecho prácticamente todas sus navegaciones en barcos escoceses.

—Saliendo de Glasgow —dijo—, o Greenock; pero eso da igual, todos proceden de Glasgow.

Y estaba tan contento conmigo por ser escocés y su compatriota de adopción que me hizo el regalo de un precioso trozo de petrificación, creo que el más hermoso y portátil que tenía.

Este hombre, que al fin y al cabo era sueco, escocés y americano, reconocía cierto tipo de vasallaje hacia las tres tierras. El escocés-circasiano del señor Wallace no podía faltar ante el lector. Yo mismo me encontré y hablé con un alemán de Fifeshire, cuya combinación de abominables acentos me dejó sin habla. Pero, realmente, pienso que todos pertenecemos a muchos países. Y quizás esta costumbre de viajar tanto y establecer amistades dispersas puede preparar la eutanasia de viejas naciones.

¿Y el bosque en sí? Bueno, en una ladera enmarañada y llena de zarzas (ya que el pasto soportaría un poco más de limpieza, a mi modo de ver) había esparcidas diversas extensiones de troncos petrificados, como el que ya he mencionado. Desde luego, es muy curioso y bastante antiguo, si eso fuera todo. Sin duda, el corazón del geólogo late más deprisa ante la visión, pero, por mi parte, yo estaba extremadamente impasible. El turismo es el arte de la decepción.

No hay nada bajo el cielo tan azul,

Por lo que realmente merezca la pena viajar.

Pero, afortunadamente, el cielo nos recompensa con muchas perspectivas agradables y aventuras por el camino, y a veces, cuando salimos para ver un bosque petrificado, nos depara una curiosidad mucho más deliciosa en la persona del señor Evans, al que toda la prosperidad le asista hasta el final de una vejez larga y lozana.

III.— VINO DE NAPA

Estaba interesado en el vino de California.

En realidad, estoy interesado en todos los vinos y lo he estado toda mi vida, desde el vino de pasas que un compañero de colegio llevaba oculto en su cartera hasta mi último descubrimiento, aquellos notables Valtellines, que en un tiempo brillaron sobre la mesa de César.

Algunos de nosotros, paganos viejos y amables, contemplamos con terror las sombras que caen sobre los tiempos; cómo el invencible gusano invade las soleadas terrazas de Francia, y Burdeos ha dejado de existir, y el Ródano es una mera Arabia pétrea. El Château Neuf ha muerto y nunca lo he probado, el Hermitage (una ermita realmente apartada de todas las tristezas de la vida) agoniza junto al río. Y en el lugar de estos elixires imperiales, hermosos a todos los sentidos, con tintes de pedrería, fragancia de flores, promotores de sueños, con-

templad sobre los muelles de Cette las colecciones de productos químicos, contemplad al analista en Marsella, levantando las manos implorantes, apelando al dios Lyoeus, y las cubas desfondadas y los vinos fraudulentos vertidos en el mar. No sólo Pan, también ha muerto Baco.

Si al vino le quitamos su contenido más poético, el sol de los blancos ropajes, una deidad para ser invocada por dos o tres, todos fervorosos, silenciando su charla, degustando con ternura y almacenando recuerdos (porque una botella de buen vino, como una buena acción, brilla siempre en la retrospectiva), si el vino nos abandona, ¡apaga y vamos! Ahora empezamos a tener remordimientos y mirar hacia atrás a aquellas espléndidas botellas desperdiciadas en cenas, en las que los invitados bebían groseramente, discutiendo de política todo el tiempo, e incluso el escolar «se echaba un tra-

go», como si fuera agua de regaliz. Y al mismo tiempo miramos tímidamente hacia delante con una chispa de esperanza, donde las nuevas tierras, ya agotadas de producir oro, comienzan a verdear con los viñedos. Un hermoso punto de la historia de la humanidad va a ser decidido por los vinos de California y de Australia. El vino en California está todavía en una etapa experimental, y cuando pruebas una cosecha hay implicadas graves cuestiones económicas. El comienzo en la plantación de viñas es como el comienzo en la minería de metales preciosos: el viticultor también hace «prospecciones». Un rincón de tierra tras otro es probado con un tipo de uva tras otro. Éste es un fracaso, éste es bueno, un tercero el mejor. Así, poco a poco, buscan a tientas su Clos Vougeot y Lafite. Aquellas vetas y bolsas de tierra, más preciosas que las preciosas menas, ese devenir inimitable de fragancia y suave fuego; aquellas bonanzas

puras, donde el terreno ha sublimado bajo el
sol y las estrellas algo mejor y el vino es poesía
embotellada: éstas todavía permanecen sin des-
cubrir; el chaparral las oculta, el matorral las
esconde; el minero desportilla la roca y se aleja, y el oso pardo observa
imperturbable. Pero allí
están esperando su hora, aguardando a su Co-
lón, y la naturaleza las protege y las prepara. La
pizca de tierra californiana persistirá en el pa-
ladar de tu nieto.

Mientras tanto, el vino simplemente es un
buen vino; el mejor que he probado mejor que
un Beaujolais y no distinto. Pero el comercio es
pobre; vive al día, invirtiéndolo todo en expe-
rimentos y forzado a vender sus cosechas. En-
contrar uno adecuadamente madurado y que
lleve su propio nombre, es ser un favorito de la
fortuna.

Llevar su propio nombre, digo, y hago hin-
capié en la insinuación.

—¿Quiere saber por qué el vino de California no se bebe en los Estados Unidos? —me dijo un comerciante de vinos de San Francisco, después de haberme mostrado sus propiedades—. Bueno, aquí está la razón.

Y abriendo un gran armario, repleto de muchos cajoncitos, procedió a apabullarme con una gran variedad de etiquetas primorosamente teñidas de azul, rojo o amarillo, estampadas con corona o diadema, y de las que provenían

tal profusión de *dos y châteaux* que un solo departamento difícilmente podría haber abasteci-

do los nombres. Pero era raro que todos resultaran extraños.

—¿Château X...? —dije—. Nunca había oído hablar de él.

—Seguro que no —dijo él—. He estado leyendo una novela de X...

¡Todos eran castillos en el aire! Pero parecía bastante seguro que aquella era la razón por la

que el vino de California no se bebe en los Estados Unidos.

El valle de Napa había sido durante mucho tiempo un centro de la industria viticultura.

Como a menudo sucede, no había empezado aquí, en las tierras bajas del valle a lo largo del río, sino que lo hizo en las escarpadas laderas, donde sólo se podía esperar que prosperase.

Una inclinación hacia el sol y piedras, que es un depósito del calor del día, parecen necesarias para el terreno del vino; la densidad de la tierra tiene que ser deshidratada, su esencia diariamente mezclada y refinada durante años; hasta el final, los terrones que se rompen bajo nuestra pisada y aparecen ante los ojos como tierra vulgar, son realmente y para la mente perceptiva, una obra maestra de la naturaleza. El polvo de Richebourg, que arrastra el viento, ¡qué apoteosis del polvo! Ni siquiera el hombre puede parecer un hijo más extraño de esa arenilla friable

y marrón que la sangre y el sol en la vieja frasca
que hay tras los haces de leña.

Un viñedo californiano, una de las avanza-
das del hombre en el desierto, tiene característi-
cas propias. Aquí no hay nada que recuerde al

Rhin o al Ródano, a la baja *cote d'or*, o a los infames y despreciables
desiertos de Champagne,

sino que todo es verde, solitario, cubierto. Visi-
té dos de ellos, el del señor Schram y el del se-
ñor M'Eckron, que compartían la misma caña-
da.

Después de descender un trecho por el valle
que se extiende debajo de Calistoga, giramos
bruscamente hacia el sur y nos sumergimos en
la espesura del bosque. Ascendía rápidamente
un sendero escarpado; un torrente tintineaba a
un lado, bastante grande quizá después de las
lluvias, pero ahora ya exhausto; por encima y
por todas partes una maraña de tupido mato-
rral, todavía fragante y todavía salpicado de

flores por lo temprano de la estación, donde el frambuesero americano representa el papel de nuestro espino inglés y en los castaños de Indi-

as brotan retorcidos cuernos en flor: a través de todo esto forcejeábamos duramente hacia arriba, inclinados a uno y otro lado por lo escarpa-

do del sendero y continuamente golpeados en la cara por ramos de hojas o de flores. Lo último no es un gran inconveniente en casa, pero aquí en California no es algo fácil de olvidar.

Pues en todos los bosques y por todos los caminos prospera un abominable arbusto o maleza, llamado zumaque, cuya simple proximidad es ponzoñosa para algunos y cuyo tacto es evitado por el más insensible.

Las dos casas, con sus viñedos, están situadas —cada una de ellas— en un hueco verde propio de esta escarpada y estrecha cuenca poblada de árboles. Aunque estaban tan cerca, ya había una buena diferencia de nivel, y la cabeza del señor M'Eckron debía estar un largo trecho

por debajo de los pies del señor Schram. No se había despejado más de lo que era necesario para el cultivo; justo alrededor de cada oasis transcurre el enmarañado bosque; la cañada los envuelve; allí yacen al sol y en silencio, ocultos de todo menos de las nubes y los pájaros de la montaña.

El del señor M'Eckron es un asentamiento de soltero; un trocito de casa de madera, una pequeña bodega muy cerca de la ladera y una parcela de vides plantada y atendida por él mismo, sin ayuda de nadie. Había empezado recientemente; sus vides eran jóvenes, su negocio también joven, pero yo pensé que tenía el aspecto del hombre que triunfa. [Procedía de Greenock](#): recordaba a su padre poniéndole dentro del Mons Meg², y aquello me acercó a casa e intercambiamos una o dos palabras en escocés, lo que me agradó más de lo que se pueden imaginar.

2El *Mons Meg* era un cañón de una fortificación escocesa, cuyo enorme tamaño permitía introducir a los niños en su interior como diversión.

(N. del T.)

El del señor Schram, en el otro lado, es el viñedo más viejo del valle: dieciocho años, calculo. Empezó siendo un barbero sin un penique, e incluso después de haber plantado sus negras malvasías continuó durante tiempo recorriendo el valle con su navaja. Ahora su zona es la estampa de la prosperidad: pájaros disecados en el porche, bodegas excavadas en la ladera y apoyadas en columnas como la cueva de un bandido: todo elegancia, barniz, flores y luz del sol entre la intrincada maleza. Corpulenta y sonriente, la señora Schram, que había estado en Europa y aparentemente por todos los Estados Unidos por placer, entretenía a Fanny en el porche mientras yo catava vinos en la bodega. Para el señor Schram éste era un oficio solemne,

y su serio entusiasmo me alegraba el corazón.

La prosperidad todavía no había desterrado por completo una cierta agitación femenina y de neófito, y seguía cada sorbo y leía mi cara con ansiedad orgullosa. Los probé todos. Probé Schramberger de todas las variedades y matices, Schramberger tinto y blanco, Borgoña Schramberger, vino del Rhin Schramberger, Schramberger Golden Chasselas, éste último con un bouquet notable, y no quiero ni pensar cuántos más. Muchos de ellos van a Londres; la mayoría, creo, y el señor Schram tiene una gran opinión del gusto inglés.

En este lugar salvaje no sentí la santidad de los antiguos cultivos. Todavía era tosco, no era ni Marathón ni Johannisberg; sin embargo, la sensacional luz del sol y las cepas que crecen y las cubas y las botellas en la bodega, construían una música agradable para la mente. Aquí también la crema de la tierra estaba siendo es-

pumada y acumulada, y los clientes de Londres pueden saborear, como efectivamente hacen, el gusto de la tierra de este verde valle. Tan local, tan quintaesencial es un vino, que parece que los mismos pájaros del porche pudieran comunicar un sabor, y aquella romántica bodega influye en la botella próxima a ser descorchada en Pimlico, y la sonrisa del jovial señor Schram podía ocultarse en el cristal.

Pero éstos no son más que experimentos.

Todas las cosas en esta nueva tierra se están moviendo hacia delante: las cubas de vino y las herramientas de voladura del minero apenas velan una noche, como los pabellones beduinos; ¡y mañana, carretera y manta! Este movimiento de cambio y estos perpetuos ecos de las pisadas que se mueven frecuentan la tierra. Los hombres se mueven eternamente, persiguiendo a la Fortuna y, una vez encontrada la Fortuna, todavía siguen errando. Según volvíamos a Calistoga, la carretera permanecía vacía de

simples pasajeros, pero en su verde margen aparecían campamentos de familias viajeras: una, agobiada por un gran carro de enseres hogareños, colonos que iban a ocupar un rancho que habían apalabrado en Mendocino, o quizá en el Condado Tehama; otra, una pareja con guardapolvos, hombre y mujer, a los que encontramos acampados en una arboleda de los márgenes de la carretera, dedicados al placer, con un chino que cocinaba para ellos, y que agitaban sus manos saludándonos cuando pasamos a su altura.

IV.— EL ESCOCÉS FUERA DE CASA

Unas cuantas páginas atrás escribía que en estos días un hombre pertenecía a una variedad de países, pero la vieja tierra sigue siendo el verdadero amor, las demás sólo son infidelidades placenteras. Escocia es indefinible: no posee unidad salvo en el mapa. Dos idiomas, muchos dialectos, innumerables formas de culto e in-

contables patriotismos y prejuicios locales nos
dividen a nosotros mismos más profundamente
que el extremo este y el oeste del gran continen-
te americano. Cuando estoy en casa, considero a un hombre de Glasgow
como a un rival, y a
un hombre de Barra casi como a un extranjero.
Sin embargo, si nos encontramos en cualquier
país lejano y si provenimos de las colinas de
Manor o de las colinas de Mar, algún afecto
prefijado nos une al instante. Esto no es raza.
Mírennos. Uno es nórdico, otro celta y el otro
sajón. No existe comunidad de lengua. No la
tenemos entre nosotros mismos y casi la tene-
mos a la perfección con ingleses, irlandeses o
americanos. No hay vínculo de fe, porque de-
testamos los errores de los demás. Y sin embar-
go, en alguna parte, en lo más profundo del
corazón de cada uno de nosotros, algo suspira
por la vieja tierra y la vieja gente amable.
De todos los misterios del corazón humano,

quizá sea éste el más inescrutable. No hay un especial encanto en aquel país grisáceo, con su archipiélago lluvioso golpeado por el mar; sus campos de montañas oscuras; sus feos parajes, negros por el carbón; sus maizales sin árboles, ásperos, de aspecto hostil; su pintoresca ciudad gris, amurallada, donde suenan las campanas los domingos y el viento aúlla y los granos de sal vuelan y golpean. Yo no sé incluso si deseo vivir allí, pero que oiga, en alguna tierra lejana, una voz familiar cantando «Oh, ¿por qué abandoné mi hogar?», y de repente parece como si ninguna belleza bajo los amables cielos y ninguna sociedad de sabios y justos pueda compensarme la ausencia de mi país. Y aunque pienso que preferiría morir en otro lugar, en lo más profundo de mi corazón anhelo ser enterrado entre los buenos terruños escoceses. Lo diré claramente, se arraiga en mí más cada año: no hay estrellas más preciosas que los faroles

de las calles de Edimburgo. [¡Si alguna vez te olvido, Auld Reekie](#)³, que mi mano olvide su

habilidad!

³ *Auld Reekie*: literalmente Viejo Humeante; es una forma vocal para referirse a la ciudad de

La mayor felicidad en la tierra es haber nacido escocés. Hay que pagarlo de muchas for-

mas, como otras ventajas en la tierra. Hay que aprender las paráfrasis y el catecismo más corto; generalmente hay que aficionarse a la bebida; tu juventud, por lo que puedo saber, es una época de una guerra más abierta contra la sociedad, de más algaradas, lágrimas y tumultos que si hubieras nacido, por ejemplo, en Inglaterra. Pero de algún modo, la vida es más cálida y más íntima; el hogar arde más rojo; las luces de casa brillan más suaves sobre la calle lluviosa; los mismos nombres, que se han hecho querer a través del verso y la música, se ciñen más íntimamente alrededor de nuestros corazones. Un inglés se puede encontrar con otro inglés ma-

ña en el Chimborazo, y a ninguno de los dos
les importa, pero cuando el viticultor escocés
me habló del Mons Meg, fue como magia.

Edimburgo, sin duda por su pujante industria en
el siglo XIX (N. del T.)

*Desde la niebla protectora de la brumosa isla Las montañas nos dividen, y
un mundo de mares;*

Y sin embargo, nuestros corazones todavía son

Auténticos, nuestros corazones son Highland,

Y en sueños, contemplamos las Hébridas.

[Y, Highland](#) y Lowland⁴, todos nuestros corazones son escoceses.

Sólo unos pocos días después de que hubie-
ra visto al señor M'Eckron, llamaron a mi caba-
ña. Era un escocés que había recorrido un largo

⁴ *Highland* es la región montañosa de Escocia,

mientras que *Lowland* es la Baja Escocia. (N. del T.)

camino desde las montañas al mercado. Le dijeron que había un compatriota
en Calistoga y

había venido hasta el hotel para verle. Habla-

mos poco; no teníamos mucho que decir, y

nunca nos habríamos visto si hubiéramos permanecido en casa, separados tanto en el espacio como socialmente. Luego nos dimos la mano y prosiguió su camino de vuelta a su rancho de las colinas, y eso fue todo.

Hubo otro escocés, un residente, que por el mero amor al país común, un hombre amable, serio, religioso, me guiaba por todo el valle y se tomaba tanto interés por mí como si fuera su hijo: quizá más, porque el hijo tiene defectos que el padre siente profundamente, mientras que el abstracto compatriota es perfecto, como un aroma a turba.

Y aún hubo otro. Me dirigí a él súbitamente, mientras entraba con sigilo en mi cabaña con la evidente intención de robarme: un hombre de aproximadamente cincuenta años, granujiento, desharrapado, harapiento, con chistera y frac y una mueca en la boca que podía haber envidiado un anciano de la Iglesia de Escocia. Tenía una cara como las que había visto una docena

de veces detrás del cepillo en los oficios.

—¡Hola, señor! —grité—. ¿Adonde va?

Se dio la vuelta con un estremecimiento.

—¿Es usted escocés, señor? —dijo grave-

mente—. Yo también; vengo de Aberdeen. Ésta

es mi tarjeta —y me presentó un trozo de cartu-

lina rescatada de cualquier cuneta en el período

de lluvias—. Simplemente estaba examinando

esta palma —continuó, señalando la estrafalaria

planta de delante de nuestra puerta—, que es el

espécimen más grande que nunca he observado

en California.

Había cuatro o cinco más grandes a la vista.

Pero, ¿para qué discutir? Me mostró una cinta

métrica, me hizo ayudarlo a medir el árbol al

nivel de la tierra y apuntó las cifras en una

agenda grande y desastrosa, todo esto con la gravedad de Salomón. Después me dio las gracias profusamente, comentando que esos pe-

queños favores se deben hacer entre compatrio-

tas, me estrechó la mano «por los viejos tiem-

pos», como dijo, y siguió su camino solemnemente, irradiando suciedad y engaño mientras se marchaba.

Un mes o dos después de este encuentro llegó un escocés a Sacramento, quizá desde Aberdeen. En cualquier caso, no había ningún otro más escocés que él en este ancho mundo. Podía cantar, bailar y beber, supongo, y tocaba la gaita con vigor y con éxito. Todos los escoceses de Sacramento estaban encantados con él y gastaban el tiempo y el dinero que les sobraba llevándole en un coche de caballos, entre bebidas, mientras él se ponía colorado soplando la gaita. Esta es una historia muy triste. Después de haber pedido dinero prestado a todo el mundo, su gaita y él desaparecieron de Sacramento, y la última vez que oí hablar de él lo estaba buscando la policía.

No puedo decir cuánto me divirtió esta historia, cuando me di cuenta de que yo estaba completamente maduro para que me timasen

de la misma forma. Es por lo menos curioso, para concluir, que las razas que se han extendido más lejos, los judíos y los escoceses, sean las más exclusivistas del mundo. Pero quizás estas dos sean causa y efecto: «Porque fuisteis extranjeros en la tierra de Egipto.»

CON LOS HIJOS DE ISRAEL

I.— PARA PRESENTAR AL SEÑOR

KELMAR

En este país nuevo una cosa choca muy particularmente a un extranjero, y es el número de antigüedades. Ya ha habido muchos ciclos de población que han sucedido a otros y han desaparecido y dejado reliquias tras de sí. Éstas, al cobrar interés con el cambio de tiempos, despiertan la imaginación tan enérgicamente como cualquier pirámide o torre feudal. Las ciudades, como los viñedos, se fundan experimentalmente: crecen grandes y prósperas al paso de las oportunidades, y cuando la veta se acaba y los mineros se trasladan a otra parte, la ciudad queda tras ellos, como Palmira en el desierto. Me parece que no habrá, en ningún país del mundo, tantas ciudades abandonadas como aquí, en California.

Todos los alrededores del Monte Santa

Helena, ahora tan tranquilos y silvestres, estu-

vieron vivos en un tiempo, llenos de campos
mineros y poblados. Aquí habría dos mil almas
en tiendas de campaña, quinientas o mil, como
si fuera definitivo, instaladas en una ciudad de cómodas casas. Pero la suerte
había fallado, las
minas se agotaron y el ejército de mineros había
partido y dejado esta parte del mundo a las
serpientes de cascabel, los ciervos y los osos
pardos, y al más lento pero más constante
avance de la agricultura.

Fue con la visión de uno de estos lugares de-
siertos, Pine Flat, en la carretera de los géiseres,
con lo que vimos primero en Calistoga. Hay
algo singularmente excitante en la idea de ocu-
par una casa ya construida, sin pagar alquiler.

Y al comerciante británico, sentado a sus an-
chas en su casa, le puede parecer que, con un
tejado así sobre su cabeza y un arroyo de agua
clara al lado, todos los problemas de la vida del
colono estarán resueltos. Debería considerarse,

no obstante, la comida. Estoy dispuesto a ir tan lejos como la mayor parte de la gente a base de comidas enlatadas; algunos de los momentos más brillantes de mi vida han transcurrido con purés enlatados en la cabina de una goleta de dieciséis toneladas, detenida por la tormenta en la bahía de Portree, pero después de los oportunos experimentos afirmo con autoridad que no sólo de latas puede vivir el hombre. En alguna ocasión debe tomarse carne fresca. Es cierto que al gran Foss, que pasaba a lo largo de la ruta de los Géiseres con cara inexpresiva pero glorificado por la leyenda, le podíamos haber convencido de que nos trajera, pero el gran Foss difícilmente podría habernos traído leche. Traer una vaca habría implicado traer un campo con hierba y una vaquera, después de lo cual no habría merecido la pena detenerse y podríamos haber añadido a nuestra colonia un rebaño de ovejas y un carnicero experimentado.

Es realmente muy descorazonador cómo dependemos de otras personas en esta vida.

«Mihi est propositum —como dice la máxima—, idem quod regibus», y fijaos que no se puede llevar a cabo a menos que encuentre a un vecino que pastoree ganado.

Ahora bien, mi principal asesor en este asunto fue alguien a quien llamaré Kelmar. No era así como decía llamarse, pero desde que le puse la vista encima supe que ése era o debería ser su nombre; estoy seguro de que éste será su nombre entre los ángeles. Kelmar era el tendero, un judío ruso, amable, con un negocio muy floreciente y, en iguales términos, uno de los hombres más serviciales. También tenía algo de la expresión de un anciano campesino escocés que, por alguna peculiaridad, se hubiera convertido en hebreo. Tenía el labio inferior prominente, con el que sonreía continuamente, o más bien hacía muecas afectadas. La señora Kelmar era una mujer especialmente amable, y

el hijo mayor tenía una apariencia oscura y romántica y se le podía oír en las tardes de verano tocar aires sentimentales al violín.

Yo no tenía ni idea, en la época en que le conocí, de lo importante que era Kelmar. Pero los

tenderos judíos de California, aprovechándose al mismo tiempo de las necesidades y de los hábitos de la gente, se habían convertido en demasiados casos en los tiranos de la población rural. Se ofrece crédito, se presiona al nuevo cliente, y cuando está más allá del límite cambia la melodía y a partir de entonces es un esclavo blanco. Yo creo, incluso teniendo en cuenta lo poco que vi, que Kelmar, si decidiese apretar las clavijas, podría echar a la mitad de los pobladores en un radio de siete u ocho millas alrededor de Calistoga. Éstos le están pagando continuamente, pero nunca se pueden permitir saldar la deuda. Les cuele productos defectuosos, porque no se atreven a negarse a comprar-

los; come con ellos cuando va de excursión y nadie es bienvenido con más entusiasmo; es el amigo de la familia, el director de sus negocios y, en un grado por otra parte desconocido en la época moderna, su rey.

Por alguna razón Kelmar siempre sacudía la cabeza ante la mención de Pine Fiat, y durante

algunos días pensé que desaprobaba todo el esquema y estaba triste en consonancia. No obstante, una hermosa mañana me saludó muy risueño. Había encontrado el lugar adecuado para mí: Silverado, otra vieja ciudad minera, arriba en la montaña. Rufe Hanson, el cazador, cuidaría de nosotros (buena gente los Hanson); estaríamos cerca de la Casa de Peaje, donde la diligencia de Lakeport pasaba a diario; además era el mejor lugar para mi salud. Rufe había sido tísico y ahora era un hombre bastante fuerte, ¿no? En resumen, el lugar y todos sus aditamentos parecían haber sido hechos a propósi-

to para nosotros.

Me llevó a la puerta trasera, desde donde — como desde cualquier punto de Calistoga— se podía ver el monte Santa Helena destacándose en el aire. Allí, en la hendidura, justo donde las laderas orientales se unían a la montaña y ésta

misma comenzaba a alzarse por encima de la zona de bosque, allí estaba Silverado. El nombre ya me había gustado; su alta situación me

gustó todavía más. Empecé a informarme con algo de impaciencia. No hacía mucho tiempo que Silverado fue un gran lugar. La mina (una mina de plata, por supuesto) había prometido grandes cosas. Fue una población bastante animada, con varios hoteles y casas de huéspedes, y el propio Kelmar había abierto una sucursal del almacén y le había ido extraordinariamente bien.

—¿No es así? —dijo, dirigiéndose a su mujer.

Y ella dijo:

—Sí, extraordinariamente bien.

Ahora no vivía nadie en la ciudad, salvo Rufe el cazador, y una vez más escuché las alabanzas de Rufe a paladas, y esta vez cantadas a coro.

No fui capaz de darme cuenta entonces de que había algo por debajo, de que no era el mero deseo de instalarnos cómodamente lo que había inspirado a los Kelmar aquel torrente de palabras. Pero estaba impaciente por marcharme, por abordar mi proyecto real, y cuando nos ofrecieron sitio en el carro de los Kelmar acepté en el acto. El plan de su siguiente excursión dominical les llevaba, por suerte, hasta los límites de Lake County. Nos trasladarían así de lejos, nos dejarían en la Casa de Peaje y nos irían a recoger de nuevo el lunes por la mañana temprano.

II.— PRIMERAS IMPRESIONES DE SIL-

VERADO

Teníamos que salir a las seis en punto. Nos habíamos comprometido solemnemente a ello

ambas partes, y un mensajero vino al final del

día para recordarnos la hora. Pero dieron las

ocho antes de que abandonáramos Calistoga:

Kelmar, la señora Kelmar, un amigo de ellos al

que llamábamos Abramina, su hija pequeña, mi

mujer, yo, y, guardadas detrás de nosotros, un

montón de cafeteras de barco. Estas últimas

eran altamente decorativas por el brillo de su

latón resplandeciente, pero no se me ocurre

ningún motivo para su presencia allí. Nuestro

pasaje alcanzaba, por lo que pudimos averi-

guar, unos trescientos años entre los seis. Ade-

más, cuatro de los seis eran hebreos. Pero nun-

ca en mi vida fui consciente de una atmósfera

de fiesta tan fuerte. No se pronunció una sola

palabra que no fuera de placer, e incluso cuan-

do marchábamos en silencio, los saludos y las sonrisas giraban alrededor del grupo como refrescos.

El sol brillaba en un cielo sin nubes. Cerca del cénit paseaba la tardía luna, todavía claramente visible e incluso brillante en uno de sus

bordes. El viento soplaba huracanado desde el norte; los árboles crujían, el polvo se alzaba en el aire a lo largo de la carretera y se dispersaba como el humo de la batalla. Desde el principio nos daba claramente en la cara, y a lo largo de todas las curvas del camino se las apañaba para darnos en la cara hasta el final.

Durante unas dos millas fuimos traquetean-
do por el valle, bordeando las laderas del este; después giramos a la derecha, a través de la tierra alta, y al poco tiempo, cruzando el curso de un río seco, entramos en el camino del peaje, o para ser más local, entramos en «el cruce». El camino asciende por las estribaciones cercanas del monte Santa Helena, por el límite norte de

Lake County. En un punto rodea el borde de un cañón estrecho y profundo, lleno de árboles, y yo estaba realmente contento de que no nos condujera en este momento el fogoso Foss.

Kelmar, con su inalterable sonrisa, balanceándose con el movimiento de la carreta, iba por todo el mundo como un sacerdote rural bueno y sencillo, y prometo que le bendije inconscientemente por su timidez.

Los viñedos y las profundas praderas, aislados y enmarcados por los matorrales según ascendíamos, iban dando lugar a los bosques de robles y madroños, punteados por enormes pinos. Eran estos pinos, según brotaban por encima del bosque más bajo, los que producían aquel esbozo de simples árboles que yo tan a menudo había observado desde el valle. Desde allí, mirando hacia arriba y desde todo lo lejos que se quiera, cada abeto permanece diferenciado contra el cielo, no mayor que una pesta-

ña, y todos juntos confieren un aspecto pintoresco y orlado a las colinas. El roble no es pequeño; incluso el madroño, sobre estas estribaciones del monte Santa Helena, adquiere un

buen tamaño y se alinea con los árboles, pero los pinos miran por encima del hombro al resto

del monte bajo. Igual que el monte Santa Helena entre sus colinas, estos gigantes oscuros sobresalen entre sus compañeros de vegetación.

¡Ay de mí! Si hubieran dejado las secoyas, los pinos a su vez habrían quedado empequeñecidos. Pero las secoyas, derribadas desde su alta posición, sirven ahora como camas familiares o, aún más humildemente, como cercas de los campos, a lo largo de todo el valle de Napa.

En el aire había un fuerte olor a resina y una pureza cristalina de montaña. Se derramaba a mares sobre estas verdes laderas. Los bosques cantaban en voz alta y donaban ampliamente su aliento saludable. La alegría parecía habitar

estas zonas superiores, y la indiferencia había quedado tras nosotros en el valle. «¡Alzaré mis ojos a las colinas!» Hay días en una vida en los que elevarse de las tierras bajas se asemeja a escalar el cielo.

Según continuamos ascendiendo, el viento caía sobre nosotros con creciente fuerza. Era un milagro cómo los dos robustos caballos conseguían arrastrarnos hacia arriba por aquella empinada cuesta e incluso encaraban la atlética oposición del viento, o cómo sus grandes ojos eran capaces de soportar el polvo. Diez minutos después de que nosotros hubiéramos pasado, cayó un árbol, bloqueando el camino, e incluso delante de nosotros las hojas estaban esparcidas de forma densa y habían caído ramas, suficientemente grandes como para dificultar el paso. Pero ahora casi estábamos en la cima. El camino cruza la cumbre, justo en la hendidura que Kelmar me había mostrado desde abajo, y

luego, sin pausas, se precipita en una cañada profunda, de espeso arbolado en el lado más lejano. En el punto más alto, una vereda aborda la colina principal hacia la izquierda y conduce a Silverado. Cien yardas más allá, y en una especie de recodo de la cañada, está el Hotel Casa de Peaje. Subimos por un lado, y en la cima nos azotó todo el peso del viento que se había vertido sobre el valle de Napa, y un minuto después nos refugiamos, completamente zarrados y sin aliento, en la puerta de la Casa de Peaje.

Un depósito de agua, establos, y una casa de dos pisos con tejado de dos vertientes y un porche, están prácticamente encajados en la ladera, justo donde un torrente ha cortado por sí mismo un estrecho cañón, relleno de pinos. Los pinos van directamente hacia arriba; un poco más y el torrente podría haber actuado como una manguera de bomberos en el tejado de la

Casa de Peaje. En la parte delantera el suelo se interrumpe tan bruscamente como surge en la trasera. Hay el espacio justo para el camino y una especie de promontorio de tierra para croquet, y después te puedes asomar al borde y mirar hacia

abajo la profundidad a través del bosque. He

dicho *tierra* para croquet y no *verde*, porque la

superficie era de tierra batida marrón. La barrera de peaje misma era la única nota de origina-

lidad: una larga viga colocada en un poste y

mantenida ligeramente horizontal por un con-

trapeso de piedras. Regularmente, hacia la caí-

da de la tarde, esta tosca barrera oscilaba como

una grúa a través del camino y la ataban, creo,

a un árbol del lado más lejano.

A nuestra llegada le siguió una alegre escena

en el bar. Me presentaron al señor Corwin, el

propietario; al señor Jennings, el ingeniero, que

vive allí por motivos de salud; al señor Hoody,

un pequeño caballero de lo más agradable, en tiempos miembro de la legislatura de Ohio, luego editor de un periódico local y que ahora, sin disminuir su dignidad, lleva el bar de la Casa de Peaje. Me colmaron de una gran cantidad de copas y cigarros, y disfruté de una magnífica oportunidad de ver a Kelmar en la gloria, amigable, radiante, sonriente, incitando con firmeza al renuente Corwin a aceptar una de las cafeteras de barco. Corwin, evidentemente horrorizado, se resistió valientemente, y en ese combate la victoria coronó sus armas.

Finalmente nos dirigimos a Silverado a pie.

Kelmar y sus alegres chicas judías estaban llenos del sentimiento de las excursiones dominicales, exhalando simpatía e intrascendencia, y tuvieron que sufrir que un muchacho ruin les condujera por los bosques, desde el hotel, de un lado para otro. Para ser tres personas tan mayores, con unos cuerpos tan pesados y pertene-

cientes a una raza tan venerable, no podían sino sorprendernos por su extrema y casi imbécil jovialidad de espíritu. Sólo iban a estar diez minutos en la Casa de Peaje, ¿no tenían ante ellos veinte largas millas de regreso? ¿Quedarse a cenar? ¡No! ¿Alojar a los caballos? Nunca. Los atamos a la galería con un trozo de cuerda de paja que no sujetaría el sombrero de una persona en un día tan violento. Con todas estas protestas de prisa, demostraron ser tan irresponsables como niños. Kelmar mismo, astuto viejo judío ruso, con una sonrisa afectada que parecía haber cerrado un trato a su entera satisfacción, dejaba a cargo de aquel chico su suerte y la nuestra. Aunque el chico era evidentemente falaz y, por esa cuestión, un golfillo de lo más antipático, criado aparentemente a base de pan de jengibre. Sólo actuaba por su propio placer, y Kelmar le seguía hacia su ruina, con la misma sonrisa astuta. Si el chico decía que había «un agujero allí en la colina» (un agujero puro y

simple, ni más ni menos), Kelmar y sus chicas judías le seguirían cien yardas para mirar con satisfacción aquel agujero. Durante dos horas nosotros buscamos casas y durante dos horas ellos nos siguieron, oliendo los árboles, cogiendo flores, colando conocimientos de falsa botánica a los incautos. Si hubiéramos tardado cinco horas, con aquel tipo ruin para despistarlos en ociosas divagaciones, durante las cinco habrían sonreído y dado tumbos a través de los bosques.

Sin embargo, al final aparecimos, y como por accidente, sobre un ralo césped plantado como un huerto, pero con árboles silvestres en vez de árboles frutales. Aquel era el lugar de la ciudad minera de Silverado. Un trozo de tierra aparecía igualado, donde había estado el almacén de Kelmar, y mirando aquello vimos la casa de Rufe Hanson, que todavía tenía en su fachada el letrero de *Hotel Silverado*. Ninguna otra

señal de estar habitado. La ciudad de Silverado había sido completamente sacada de la escena; una de las casas era ahora la escuela, allá lejos, carretera abajo; aquí faltaba una, allí otra, pero todos se habían ido. Ahora había una soledad silvestre y el silencio no se veía roto más que por la vaga voz del viento. Unos días antes de nuestra visita un oso pardo había estado jugando alrededor del gallinero de los Hanson.

La señora Hanson estaba sola en casa. Rufe se había emborrachado, se había levantado tarde y se había ido, no estaba claro dónde. Quizá

se había enterado de la llegada de Kelmar y ahora estaba escondido entre la maleza u observándonos desde la ladera de la montaña. Al

oír que no había casas que ocupar, abandonamos todas nuestras esperanzas en Silverado.

Pero no obstante, ésta no era la impresión de Kelmar. Primero propuso que «acampáramos en algún lugar de los alrededores, ¿no?», agitando animadamente la mano como si estuviera

echando un sortilegio, y cuando esta propuesta se rechazó firmemente, decidió que debíamos establecernos en la casa de los Hanson. La señora Hanson se puso nerviosa desde el principio, abatida y un poco pálida; pero desde que se formuló tal proposición se puso a la defensiva con una indignación ojerosa. También lo hicimos nosotros, que habríamos preferido —es una forma de hablar—, la muerte. Pero Kelmar no se daba por vencido. Arrinconó a la señora Hanson en una esquina, donde durante largo rato le amenazó con su dedo índice, como un personaje de Dickens, y la pobre mujer, conducida a su atrincheramiento, al final recordó con un chillido que todavía había algunas casas en el túnel.

Allá fuimos. Los judíos, que ya deberían haber estado millas adentro en Lake County, siguieron acompañándonos con [regocijo](#). Durante aproximadamente un estadio⁵ seguimos un camino a lo largo de la ladera de la colina,

atravesando el bosque, hasta que de repente aquel camino se ensanchaba y finalizaba abruptamente. Un cañón, con arbolado abajo, rojo, rocoso y baldío en la parte de arriba, estaba aquí cercado por un depósito de cantos rodados, peligrosamente escarpado y de veinte o treinta pies de altura. Una cascada de hierro oxidado sobre soportes de madera venía volando, como una monstruosa gárgola, a través

5El estadio es una antigua medida, tomada de los recintos griegos donde se competía atléticamente y cuya longitud era de 125 pasos. (N. del T.)

del parapeto. Allá abajo derramaban el precioso mineral y los carros esperaban su cargamento

para llevarlo montaña abajo, hacia el molino.

Todo el cañón estaba enteramente bloqueado, como por alguna tosca fortificación de guerrillas, que sólo podíamos remontar por tramos de escaleras de troncos, fijadas en la ladera.

Éstas nos condujeron alrededor de la esquina más lejana del escorial, y cuando estuvimos en un extremo todavía perseveramos sobre los escombros sueltos y nos introdujimos entre los zumaques, hasta que descubrimos una plataforma triangular que cubría toda la cañada y que estaba cerrada en uno de los lados por escarpadas proyecciones de la montaña. Sólo en la parte delantera estaba abierto como el prosenio de un teatro, y por delante contemplamos un grandioso vacío, y hacia abajo, por encima de las copas de los árboles y las cimas de las colinas, y por todas partes, un paisaje salvaje y diverso. El lugar aún permanecía como el día en que fue abandonado: una línea de raíles de hierro con una bifurcación; una vagoneta en perfecto estado; un montón de trastos, madera vieja, hierro viejo; una forja de herrero en un lado, medio enterrada entre las hojas de los madroños enanos, y al otro lado una vieja casa

de madera marrón.

Fanny y yo nos precipitamos hacia la casa.

Se componía de tres habitaciones y estaba tan incrustada en la colina que una habitación que-

daba exactamente encima de la otra; la planta superior era dos veces más grande que la infe-

rior y había que entrar a los tres aposentos por diferente sitio y nivel. No quedaba ninguna

hoja de las ventanas. La puerta de la habitación inferior estaba destrozada y un panel colgaba

hecho astillas. Entramos y nos encontramos con un buen montón de basura: arena y grava que

habían sido depositadas por los vientos de la montaña; paja, palos y piedras; una mesa, un

barril; un escurrer platos en la pared; dos sacabo-

tas caseros, huellas de mineros y de sus botas y un par de papeles clavados en el entablado,

titulados respectivamente «Tolva 1» y «Tolva

2», pero con los textos arrancados. La ventana,

sin hojas, por supuesto, estaba atascada por el

verde y aromático follaje de un laurel, y a través de una grieta en el suelo un ramo de zumaque había crecido y prosperaba generosamente en el interior. Mi primera ocupación fue arrancar el zumaque, mientras Fanny permanecía a una distancia respetuosa. Aquel fue nuestro primer arreglo, por el cual tomamos posesión. A la habitación inmediatamente superior sólo se podía acceder mediante una tabla apoyada en el umbral, a lo largo de la cual, el que entraba tenía que pisarla cautelosamente, agarrándose para apoyarse en los tallos de zumaque, el producto propio de la tierra. Aquí dentro, a ambos lados, una litera triple, donde en un tiempo se habían acostado los mineros; y el otro puntal estaba perforado por una ventana sin bastidores y un vano de puerta sin puerta que se abría al aire del cielo, cinco pies por encima del suelo. En cuanto a la tercera habitación, a la que se entraba directamente por el nivel del suelo, pero más arriba de la colina y más allá del cañón, sólo contenía basura y los soportes para otra litera triple.

Todo el edificio estaba coronado por una escarpada roca roja, leonina. El zumaque, los laureles, el calycanthus, la maleza y el chaparral crecían libremente, pero esparcidos por todas partes. Delante, a la fuerte luz del sol, la plataforma estaba anegada de cantidad de desperdicios, como si las labores de la mina pudieran volver a empezar mañana por la mañana.

Siguiendo hacia atrás por el cañón, entre la masa de plantas podridas y a través de los matorrales floridos, llegamos a un gran andamio en ruinas, con un torno retorcido en la cima y, gateando, podíamos asomarnos a una galería abierta que conducía a las entrañas de la montaña, rezumando agua e iluminada por algunos rayos de sol, de no se sabe dónde. En aquel tranquilo lugar, el apacible tintineo remoto de las gotas de agua apenas era audible. Muy cerca, otra galería conducía hacia arriba, a la superapoyada estribación de la colina. Quedaba

parcialmente abierta, y a sesenta o a cien pies por encima de nuestras cabezas podíamos ver los estratos apuntalados por cuñas de madera y un pino, medio ahuecado, inclinándose precariamente sobre el borde. Aquí también, un escabroso túnel horizontal recorría en línea recta las oscuras entrañas de la roca. Este ángulo sólido en el flanco de la montaña era —incluso en aquel extraño día— tan tranquilo como la cámara de mi dama. Pero en el túnel soplaba una corriente de aire frío y húmedo. En ninguna otra parte había conocido jamás un lugar tan frío y tan ventoso.

Esta fue nuestra primera perspectiva de Juan Silverado. Confieso que había buscado algo diferente: digamos que un grupo de casas vecinas en un valle verde, todas vacías por supuesto, pero barridas y pintadas; un río truchero al lado; grandes olmos y castaños, con abejas zumbando y pájaros cantores anidados en ellos

y las montañas rodeando todo como en Jerusa-
lén. Aquí, la montaña y la casa y las viejas
herramientas industriales estaban todas igual
de oxidadas y ruinosas. La colina estaba llena
de cuñas, y allí manaba de sus entrañas un cho-
rro de mineral deshecho: el hombre con sus
picos y su pólvora, y la naturaleza con sus pro-
prias herramientas de sol y lluvia, trabajando
juntos en la ruina de aquella orgullosa monta-
ña. El panorama del cañón era un visión del
estrageo; secos minerales rojos que se desplaza-
ban juntos, aquí y allá, un despeñadero, aquí y
allá un matorral enano en el deslizamiento ge-
neral, y sobre todas las cosas, un contorno que-
brado rayando en el azul del cielo. Hacia abajo,
desde nuestro nido de águilas de roca, contem-
plábamos el lado más verde de la naturaleza, y
el porte de los pinos y el dulce olor de los laureles y los nogales saludaban
gratamente a nues-
tros sentidos. De una u otra forma, la suerte

estaba echada. ¡Sea Silverado!

Después de que hubiéramos vuelto a la Casa de Peaje, los judíos ya no tuvieron reparos en seguir adelante. Pero observé que uno de los crios de los Hanson bajó antes de su partida y regresó con una cafetera de barco. ¡Dichoso Hanson! Hasta que Kelmar no se marchó, si recuerdo correctamente, Rufe no hizo acto de presencia para arreglar los detalles de nuestra instalación.

La última parte del día Fanny y yo nos sentamos en el porche de la Casa de Peaje, totalmente aturcidos por el estruendo del viento entre los árboles del otro lado del valle. Algunas veces lo habríamos tomado por el mar, pero no era lo suficientemente variado para serlo, y luego creíamos que era el rugido de una catarata, pero era demasiado cambiante para ser una catarata, y después decidimos, hablando con voces somnolientas, que no se podía comparar

más que consigo mismo. Mi mente estaba enteramente preocupada por el ruido. Lo escuchaba durante horas, lo escuchaba boquiabierto y dejaba que mi cigarrillo se consumiese. A veces el viento se aproximaba y enviaba un crujido chillón y silbante entre el follaje de nuestra parte de la cañada, y a veces un remolino alcanzaba el recodo donde nos sentábamos y nos lanzaba grava y hojas a la cara. Pero la mayor parte de las veces, este gran vendaval flotante pasaba incansablemente junto a nosotros, hacia el Valle de Napa, a doscientas yardas escasas, visible por las ramas que se agitaban, con una sonoridad imponente y no obstante sin que se moviera ni un solo pelo de nuestras cabezas. Así estuvo soplando durante toda la noche mientras yo escribía mi diario, y después de acostarnos bajo un cielo estrellado y sin nubes, y así siguió soplando hasta la mañana siguiente cuando nos levantamos.

Nos resultaba ridículo pensar qué les habría ocurrido a nuestros amables judíos errantes. No

podíamos suponer que hubiesen alcanzado su destino. El perverso chico les apartaría unas millas de su camino para ver la madriguera de un tejón. Pensamos que los niños eran su peligro especial; nadie más tenía aquel grado de alegre impertinencia que pudiese ejercer un dominio sobre sus mentes: pero ante los atractivos de un niño sus resoluciones más acendradas se derretirían. Pensamos que podíamos imaginar a aquellos tres adultos hebreos vagando por la cima de la colina y por los matorrales, con un muchacho diabólico trotando delante de ellos, su director de fuegos fatuos y, finalmente, a medianoche, con el viento rugiendo todavía en la oscuridad, tuvimos una visión de los tres de rodillas sobre la cima de una montaña alrededor de una luciérnaga.

III— EL REGRESO

Ala mañana siguiente nos levantamos a eso de las cinco y media, conforme a lo acordado, y dieron las diez en punto antes de que hubieran llegado nuestros muchachos judíos a recoger-nos: Kelmar, la señora Kelmar y Abramina, sonriendo todos de oreja a oreja y repletos de historias sobre la hospitalidad que habían encontrado en el otro lado. No había quedado sin recompensa, porque observé con interés que todas aquellas cafeteras de barco, menos una, habían sido «colocadas». Al menos tres familias de Lake County habían sido dotadas de por vida con una cafetera de barco. En fin, no había sido un domingo desaprovechado. La ausencia de las cafeteras contaba su propia historia: nuestros judíos no contaron nada sobre ellas, pero por otra parte dijeron muchas cosas agradables y atractivas sobre la gente que habían conocido. En particular, las dos mujeres se habían quedado maravilladas ante la visión de una joven rodeada por sus

admiradores; al parecer se habían pasado toda la tarde regocijándose juntas con los éxitos inocentes de la muchacha, y expresaban esta alegría natural y desinteresada en un lenguaje precioso por su simplicidad y sinceridad.

Teniéndolo todo en cuenta, poca gente me ha reconfortado tanto: parecían tan merecedores de la felicidad y de disfrutarla en tan gran medida y tan libres de reflexiones posteriores... casi llegaron a convencerme de que me hiciera judío. En realidad, había un tintineo de dinero en sus palabras. Especialmente alababan a la gente de posibles. «No se preocupa, ¿verdad?», eran sus palabras de mayor elogio ante un destino individual, y aquí me parece captar las raíces de su filosofía: era el estar libres de preocupaciones, el ser libres de hacer estas excursiones dominicales, lo que perseguían tan ávidamente después de la riqueza, y toda esta despreocupación era ser despreocupado. El

excelente humor de los tres parecía declarar que habían conseguido sus objetivos. No obstante, estaba el otro lado; y quizá los que habían recibido las cafeteras estaban enormemente preocupados.

No bien hubieron regresado, comenzó de nuevo la escena del día anterior. Los caballos ni siquiera estaban atados con una soga de esparto esta vez; no merecía la pena, y Kelmar desapareció en el bar dejándolos debajo de un árbol al otro lado del camino. Tenía que preocuparme de mí mismo. Calculo que me quedé a la sombra de aquel árbol durante casi una hora, y no quería disgustarme. Una vez, alguien se acordó de mí y me sacó medio vaso del alegre e inofensivo cóctel americano. Lo bebí y ¡Dios mío! Chorros de fuego vivo recorrieron mis piernas, y luego, un foco incendiario se albergó en mi estómago durante un cuarto de hora, de una forma nada desagradable. Adoro estas dul-

ces punzadas flamígeras, pero no las cortejaré.

Pasé la mayor parte del tiempo pasé repitiéndoles a los caballos toda la poesía francesa que era capaz de recordar, y ellos parecían disfrutarla enormemente. Ahora decía:

O ma vieille Font-georges Oú volent les rouges-gorges:

y otra vez, en un tono más reposado:

Et tout tremóle, Irun, Coimbre Santander, Almodovar, Sitót qu'on entend le timbre Des cymbales de Bivar.

Los petirrojos y los arroyos de Europa, en aquella tierra seca y sin canciones; viejos nombres belicosos y guerras, ciudades fortificadas, cimbales y armaduras brillantes, en aquel rincón de la montaña, sagrada sólo para los indios y para los osos. Esto sigue siendo lo más extraño en el viaje de todo hombre, que siempre trasladará con él recuerdos incongruentes. No hay países extranjeros: el único extranjero es el

viajero, y de vez en cuando, por un destello de la memoria, se iluminan los contrastes de la

tierra.

Pero mientras yo estaba vagando así en mi imaginación, se habían llevado a cabo grandes hazañas en el bar. El intrépido Corwin había caído, de nuevo Kelmar había sido coronado con laureles, y la última de las cafeteras de barco había cambiado de manos. Si hubiera dudado de la pureza de los motivos de Kelmar, si hubiera sospechado un ápice de negocios en su eterno deambular, ahora al menos, cuando se había deshecho de la última cafetera, mi sospecha se habría disipado. No me atrevo a suponer cuánto tiempo más se desperdició, ni cuán a menudo nos alejamos, simplemente para regresar y reanudar conversaciones interrumpidas sobre naderías, antes de que la Casa de Peaje quedara algo atrás. ¡Ay de mí! Y a menos de una milla más abajo del cruce había un rancho

en un viñedo soleado, y aquí tuvimos que des-montar otra vez y entrar.

En casa sólo estaba la vieja dama, la señora Guele, una mujer mayor, suiza, morena, el retrato de la honestidad. Y con ella bebimos una botella de vino y tuvimos una conversación secular que podría haber sido tremendamente deliciosa si Fanny y yo no nos hubiéramos estado desmayando de hambre. Cada una de las damas relató la historia de su matrimonio, nuestras dos hebreas con la más preciosa combinación de sentimiento y sensiblería financiera. Especialmente Abramina se hacía querer con cada palabra. Era tan simple, tan natural y tan simpática como un crío que hubiese montado un negocio de cambista. Había un toque tan fulgurantemente hebraico que no puedo pasarlo por alto. Cuando su «viejo» le escribió a casa desde América, la familia del viejo no le concedió el dinero para el pasaje, hasta que hubo jurado (de rodillas, creo que dijo) no utili-

zarlo para otra cosa. Esto había complacido enormemente a Abramina, pero creo que a mí

me complació muchísimo más.

La señora Guele habló de su nostalgia aquí arriba en los largos inviernos; de sus problemas de campesina honrada y de sus preocupaciones durante el viaje; de cómo en el banco de Frankfurt había sentido miedo de que el banquero, después de haberle dado su cheque, se negara en redondo a reconocerlo (el mismo temor que yo tengo cada vez que voy a un banco), y de cómo al cruzar el Luneburger Heath, una anciana dama, al contemplar su problema y al saber adonde se dirigía, le había dado «la bendición de una persona de ochenta años, que se aseguraría de que llegase a salvo a los Estados Unidos». Y lo primero que hice, añadió la señora Guele, «fue caerme por las escaleras».

Finalmente salimos de la casa y algunos de nosotros subimos al carro, cuando (¡Dios bendi-

to!) de pronto aparece el señor Guele desde su

viñedo. De modo que transcurrió otro cuarto de hora, hasta que por fin, ante nuestras sinceras

súplicas, proseguimos nuestro camino definiti-

vamente, Fanny y yo pálidos y en silencio, pero

los judíos aún sonrientes. El corazón me falla.

¡Ya había tenido otra oclusión! Y por fin llega-

mos a Calistoga pasadas las dos de la tarde, y

Fanny y yo habíamos desayunado a las seis de

la mañana, ocho mortales horas antes. Eramos

una pareja demacrada, pero los judíos seguían

sonriendo.

Así finalizó nuestra excursión con los usure-

ros del pueblo, y ahora que la habíamos hecho,

no teníamos más idea acerca de la naturaleza

del negocio ni de la parte que habíamos des-

empeñado en él que un niño nonato. Que toda

aquella gente que habíamos conocido eran los

esclavos de Kelmar, aunque en diversos grados

de servidumbre; que habíamos sido llevados a

lo alto de la montaña en interés de nadie más que de Kelmar; que el dinero que habíamos invertido, dólar a dólar, centavo a centavo y a través de las manos de diversos intermediarios, acabaría finalmente en la caja de Kelmar: éstos fueron unos hechos que sólo conseguimos conocer en el transcurso del tiempo y mediante la acumulación de evidencias. Al final todas las dudas se acallaron cuando confesó uno de los propietarios de las cafeteras. Al parar su carro a la luz de la luna, en un pequeño camino a las afueras de Calistoga, me dijo, literalmente, que no se atrevía a asomarse allí con los bolsillos vacíos.

—Mire, no me importa que sean solamente cinco dólares, señor Stevens —dijo—, pero debo darle *algo* al señor Kelmar.

Incluso ahora, cuando la completa tiranía me resulta clara, no puedo sentir que mi corazón esté tan airado como quizá debería con el tirano

hebreo. Todo el juego del negocio es mendigar a mi vecino, y aunque quizás ese juego parezca más feo cuando se juega en sitios tan cercanos y a tan pequeña escala, no es el más intrínsecamente inhumano. El usurero de pueblo no es una figura tan triste de la humanidad y del progreso humano como el industrial millonario, que engorda a costa de los esfuerzos y las pérdidas de miles y todavía declama desde el estrado contra la avaricia y la deshonestidad de los propietarios. Si para Cobden era justo vender la tierra de propietarios a los que consideraba inconscientes de su valor exacto, para mi judío ruso era bastante justo dar crédito a sus granjeros. Kelmar, si no notaba la viga en su propio ojo, por lo menos se callaba en la cuestión de la mota del de su hermano.

EL ACTO DE LA COLONIZACIÓN

Éramos cuatro colonos: yo mismo y mi esposa, el Rey y la Reina de Silverado; Sam, el Prín-

cipe coronado, y Chuchu, el Gran Duque. Chuchu, un setter cruzado con spaniel, era el menos adecuado para una vida dura. Había sido criado en compañía de señoras; su corazón era grande y suave; contemplaba el cojín del sofá como una roca firme necesaria para su existencia. Aunque de un tamaño aproximado al de una oveja, le encantaba sentarse en el regazo de las damas; jamás dijo una mala palabra en todos sus días inocentes, y si hubiera visto una flauta, estoy seguro de que la habría tocado por instinto. Puede resultar duro decirlo de un perro, pero Chuchu era un gato doméstico.

El rey y la reina, el gran duque y una cesta de provisiones frías para uso inmediato, se pusieron en camino en una calesa doble. El príncipe coronado, a caballo, abría el paso como un escolta. Bolsas, cajas y una estufa de segunda mano nos seguirían pisándonos los talones con la reata de Hanson.

Era un precioso día tranquilo; el cielo era un

campo de azur. No se movía ni una hoja, ni una mota aparecía en el cielo. Sólo desde la cima de la montaña una pequeña voluta de nubes se independizaba de ella, como el humo de un volcán, y soplando hacia el sur en una cierta corriente de aire: el Monte Santa Helena seguía con su interminable tarea, construyendo el clima, como una bruja lapona.

Al mediodía habíamos llegado a la vista del molino: un gran edificio marrón, a mitad de la colina, grande como una fábrica, de dos pisos de alto con tanques y escaleras a lo largo del tejado, el cual, estaban ausentes los signos de la antigua grandeza de Silverado. La senda estaba bien marcada y había sido bien pisoteada por mineros sedientos. Y allá abajo, enterrada en el follaje, fuera de la vista de Silverado, llegué a un último destacamento de la mina; un montón de grava, unos restos de un acueducto de madera y la boca de un túnel como una gruta del

tesoro en un cuento de hadas. Una corriente de agua, alimentada por una fuga invisible de nuestra galería y teñida de rojo por el cinabrio o el hierro, corría ligera por las entrañas de la cueva. Y mirando a lo lejos bajo el arco, pude ver algo así como una linterna de hierro sujeta al muro de piedra. Era un lugar prometedor para la imaginación. Ningún chico lo habría dejado sin explorar.

A partir de entonces la corriente se deslizaba a lo largo del fondo del valle y producía, por aquella tierra seca, un agradable gorjeo en las hojas. En un tiempo, supongo, corría salpicando a lo largo de todo el cañón, pero ahora sus aguas principales habían sido aprovechadas por el pozo de Silverado y durante una gran parte de su curso vagaba a oscuras entre las junturas de la montaña. No dudo que mejoraría su paso cuando se ve, a lo lejos ante él, blanqueando la luz del día en el arco, o que llegaría avanzando en la luz del sol

con una canción.

Las dos diligencias habían pasado cuando bajé, y la Casa de Peaje permanecía dormitando al sol y al polvo, y en silencio. Mi misión era conseguir heno para los colchones y eso me lo habían prometido enseguida. Pero cuando mencioné que estábamos esperando a Rufe, la gente sacudió la cabeza. Rufe parecía no ser de ningún modo un hombre corriente; y si se ponía a jugar al poker... bueno, el poker era demasiado para Rufe. Todavía no había escuchado que estuvieran asociados, pero parecía una conjunción natural que yo añadí rápidamente a mi capítulo de temores, y tan pronto como regresé a Silverado y hube contado mi historia, abandonamos de hecho a Hanson y nos pusimos a hacer nosotros mismos lo que pensábamos que era factible en nuestro estado de isla desierta.

La habitación inferior había sido la oficina del cateador. El suelo estaba cubierto por los

detritos, en parte humanos, de los anteriores inquilinos, en parte naturales, infiltrados por

los vientos de la montaña. En un mar de polvo

rojo nadaban o flotaban palos, tablas,

heno, paja, piedras y papel; periódicos anti-

guos, por encima de todas las cosas (pues el

periódico, especialmente cuando está roto, se

convierte en seguida en una antigüedad), y

facturas del hostel de Silverado, algunas fecha-

das en Silverado, algunas en la mina de Calis-

toga. Aquí hay una, in extenso, y si alguien

puede calcular la escala de precios, tiene mi

admiración envidiosa.

Mina de Calistoga, 3 de mayo de 1875

JOHN STANLEY

A S. CHAPMAN, Acreedor.

Alquiler del 1 de abril al 30 de abril.....\$25

75

Alquiler del 1 de mayo al 3 de mayo.2

00

27

75

¿En qué mina trabaja ahora John Stanley?

¿Dónde está S. Chapman, dentro de cuyos hos-

pitalarios muros nos íbamos a alojar? La fecha

era de sólo hacía cinco años, pero en aquel

tiempo el mundo había cambiado para Silvera-

do; como Palmira en el desierto, había sobrevi-

vido a sus gentes y a sus proyectos; nosotros

acampamos, como Layard, entre ruinas, y estos

nombres nos hablaban de un tiempo prehistóri-

co. Un sacabotas, un par de botas, una perrera y

estas facturas del señor Chapman eran las úni-

cas reliquias elocuentes que exhumamos de

todo aquel inmenso montón de basura de Silve-

rado, pero ¿qué no habría dado yo por desenterrar una carta, una agenda, un diario, simple-

mente un libro de cuentas o una lista de nom-

bres, para devolverme, de una forma más per-

sonal, al pasado? Me agrada, además, imaginar

que Stanley o Chapman, o uno de sus compañeros, pueda arrojar luz sobre esta crónica y sorprenderse por el nombre y leer algunas noticias de su anterior casa, saliendo, por así decirlo, de una época posterior de historia en aquel rincón del mundo.

Cuando estábamos removiendo la basura mezclada del suelo, golpeándola con los pies y buscando a tientas estas evidencias escritas del pasado, Sam, con una cara un tanto pálida, mostró una bolsa de papel. «Qué es esto», dijo. Contenía un polvo granulado, como del color de la mixtura de Gregory, pero más rosa; y como había varias bolsas y cada una de ellas más o menos rota, el polvo estaba esparcido por todo el suelo. ¿Había visto alguno de nosotros aquel polvo gigante? No, nadie lo había visto, e instantáneamente creció en mi mente una creencia sombría, rayana en todo momento con la certidumbre, de que en alguna parte yo había

oído describir a alguien un polvo como el que nos rodeaba. Me había enterado de que es una sustancia no diferente al sebo y que se prepara en rollos en todo el mundo como velas de sebo.

Fanny, para aumentar nuestra felicidad, nos contó una historia de un caballero que había acampado una noche, como nosotros, en una mina abandonada. Era un tipo mañoso y ahorrativo y buscó algún botín a izquierda y derecha, pero a todo lo que le pudo echar mano fue a una lata de petróleo. Cuando anocheció fue a ver los caballos con una lámpara, y sin perder la oportunidad, llenó su lámpara con el petróleo de la lata. Equipado de esta forma, se adentró en el bosque. Un poco después sus amigos oyeron una fuerte explosión; el eco de la montaña bramó y luego todo quedó en calma. Al examinarla, la lata demostró contener petróleo, con la insignificante adición de nitroglicerina; pero ninguna investigación deparó ni rastro de

ningún hombre ni de ninguna lámpara.

Era un hermosa visión, después de la anécdota, vernos barrer el polvo gigante. Parecía que nunca estaría lo bastante lejos. Y, después de todo, sólo era una roca molida para catear.

Suficiente para la habitación inferior. Quitamos la suciedad más difícil del suelo y la dejamos. Era nuestro cuarto de estar y nuestra cocina, aunque no había nada más para sentarse que la mesa y no tenía nada para hacer fuego salvo el agujero en el tejado de la habitación, que en tiempos había albergado la chimenea de una estufa.

Después nos pusimos con la habitación superior. Había dieciocho literas en doble fila, nueve a cada lado, donde en un tiempo de dieciocho a treinta y seis mineros habían roncado

juntos a lo largo de la noche, siendo quizá John Stanley el que roncaba más fuerte. Estaba el

tejado, con un agujero, a través del cual el sol

lanzaba ahora un dardo. Estaba el suelo, más o menos en el mismo estado que el de abajo, aunque quizá había más heno, y sin duda tenía el ingrediente añadido de cristales rotos, ya que el hombre que había robado los marcos de las ventanas aparentemente había fracasado con ésta. Sin una escoba, sin heno ni ropa de cama, no podíamos mirar a nuestro alrededor más que con un comienzo de desesperación. El único rayo brillante de luz en aquella barraca lúgubre y ruinoso hacía que el resto pareciera más sucio y oscuro, y aquella visión nos condujo al final al exterior.

Aquí también la obra del hombre permanecía arruinada: pero las plantas estaban todas vivas y lozanas; la vista de abajo era fresca por los colores de la naturaleza y habíamos cambiado una lóbrega buhardilla humana por un rincón, incluso aunque estuviera desordenado, de la habitación azul del cielo. Ni un pájaro, ni

un animal, ni un reptil. No había ningún ruido en aquella parte del mundo, excepto cuando pasábamos debajo del andamio y oíamos el agua cayendo musicalmente en la galería.

Vagamos de un lado para otro. Buscamos entre aquel montón de trastos viejos; madera y hierro, clavos y verjas y traviesas y ruedas de carretillas. Contemplamos hacia arriba la hendidura en el seno de la montaña. Nos sentamos junto al borde del escorial y vimos, a lo lejos por debajo de nosotros, las verdes copas de los árboles en el aire claro. Maravillosos perfumes, fragancias de laurel, resina y nuez moscada, llegaban a nosotros más a menudo y se extendían más dulces y más agudamente según declinaba la tarde. Pero hasta entonces no había ni rastro de Hanson.

Me puse a trabajar con pico y pala y profundicé el estanque junto a la galería, hasta que nos aseguramos de tener suficiente agua para la mañana; y para cuando hube

terminado, el sol
había comenzado a descender detrás de la es-
tribación de la montaña, la plataforma estaba
sumergida en una sombra tranquila y el frío
descendía del cielo. La noche comenzó pronto
en nuestra hendidura. Ante nosotros, por el
borde del escorial, podíamos ver el sol gol-
peando oblicuamente en la cavidad arbolada de
abajo y sobre las lomas almenadas y salpicadas
de pinos del lado más lejano.

No había estufa, por supuesto, ni hogar en
nuestro alojamiento, así que nos dirigimos a la
forja del herrero a través de la plataforma. Si
consideramos la plataforma como un escenario
y el borde del escorial para representar la línea
de candilejas, entonces nuestra casa sería el
primer bastidor del actor de la izquierda y esta
forja de herrero, aunque sin ser igual de tama-
ño, el principal a la derecha. Era una cabaña
baja, marrón, plantada cerca de la colina, que

sobresalía por encima del follaje y las ramas peladas de un bosquecillo de madroños. El interior estaba lleno de hojas muertas, polvo de la

montaña y basura de la mina. Pero pronto tuvimos un fuego ardiendo brillantemente y nos sentamos junto a él en asientos improvisados.

Chuchu, el esclavo de los cojines de sofá, gemía por una cama más blanda, pero el resto de nosotros nos sentimos gratamente vivificados y reconfortados por aquella criatura buena: el fuego, que nos da calor y luz y sonidos sociales, y colorea el más vacío de los edificios mejor que un fresco. Durante un rato se estuvo incluso a gusto en la forja, con el fuego entre nosotros y una mirada por encima de nuestros hombros sobre los bosques y las montañas donde el día iba muriendo como un delfín.

Eran entre las siete y las ocho antes de que llegara Hanson, con un carro lleno con nuestros efectos personales y dos parientes de su mujer para echarle una mano. El mayor resultaba sor-

prendentemente fuerte. Podía levantar un enorme cajón, lleno precisamente de libros, echárse-

lo al hombro y subir por las dos desvencijadas escaleras y el conducto suicida de mineral suelto, calificado familiarmente de sendero, que conducía desde el camino de carros a nuestra casa. Incluso para un hombre descargado, el ascenso era arduo y precario; pero Irvine lo escaló con un paso ligero, llevando caja tras caja, como el héroe lleva al niño de la diligencia por el sendero junto a la cascada en el quinto acto. Con un ayudante tan fuerte el asunto se resolvió rápidamente. Pronto la oficina del cateador se vio atestada con nuestras pertenencias, amontonadas a la buena de Dios y patas arriba, en el suelo. Allí, sin duda, estaban nuestras cajas, pero mi mujer se había dejado las llaves en Calistoga. Estaba la estufa, pero, ¡ay de mí!, nuestros transportistas habían olvidado la chimenea y habían perdido una rejilla por el

camino. El problema de Silverado apenas se había resuelto.

El mismo Rufe se mostraba serio y benevolente acerca de su parte de culpa; llegó incluso, si recuerdo bien, a expresar su pesar. Pero los hombres de su equipo, ante mi asombro y enojo, sonreían de oreja a oreja y se reían a carcajadas de nuestra aflicción. Consideraban «realmente divertido» el haber olvidado el tubo de la estufa; «realmente divertido» que hubieran perdido una rejilla. En cuanto al heno, toda la partida se negaba a traernos nada hasta que no hubiesen cenado. ¡Fíjense lo tarde que es ya! ¡Nunca habíamos tenido tanto trabajo como subir a este puerto! Ni a menudo, sospecho, habían comenzado antes una partida de poker como aquella. Pero sobre las nueve, como un favor particular, nos traerían algo de heno. Cuando se marcharon, dejándome todavía con los ojos abiertos, nos resignamos a esperar

su regreso. El fuego de la forja se había extinguido y estábamos demasiado agotados para encender otro. Cenamos, o, para no tomar esta palabra en vano, comimos en cierta forma, en el desorden de pesadilla de la oficina del cateador, encaramados en cajas. Una simple vela nos alumbraba. Apenas se le podría llamar una inauguración de casa, pues, por supuesto, no había fuego, y con las dos puertas abiertas y la ventana de par en par en la noche, como brechas en una fortaleza, se iba quedando helada rápidamente. Cesó la charla; nadie se movía más que el infeliz Chuchu, todavía a la búsqueda de cojines de sofá, que se agitaba quejumbrosamente entre los troncos. Requería una cierta disposición de ánimo contemplar el futuro esperanzadamente, a partir de un comienzo tan deprimente, a través de las breves horas de la noche, hasta llegar al tibio resplandor del sol del mañana.

Pero el heno llegó por fin y volvimos al

dormitorio con la última chispa de nuestro coraje. Habíamos mejorado la entrada, pero todavía era una especie de cuerda de funámbulo y habría resultado extraño vernos subir, uno tras otro, a la luz de la vela, bajo el cielo abierto.

La puerta occidental (que daba al cañón y a través de la cual entrábamos por nuestro puente de tablas ondeantes) todavía estaba entera, una hermosa puerta artesonada, la pieza de carpintería más acabada de Silverado. Y las dos literas más bajas junto a ella las habíamos llenado toscamente de heno para el uso de aquella noche. A través de la opuesta, o aguilón oriental, con su puerta y su ventana abiertas, una difusa y débil luz de estrellas entraba en la habitación como si fuera niebla, y cuando por fin estuvimos en la cama, yacimos, en espera del sueño, en una fantasmagórica oscuridad incompleta. Al principio, el silencio de la noche era absoluto. Luego un viento alto comenzó en

la distancia, entre las copas de los árboles, y en unas horas siguió haciéndose más fuerte. Este viento me recordaba mucho al que habíamos encontrado durante nuestra visita; aunque aquí, en nuestra cámara abierta, solamente nos acariciaban ráfagas suaves y refrescantes, debi-do a la profundidad del cañón y a la proximidad de nuestra casa a la roca que la coronaba.

LA FAMILIA DEL CAZADOR

En América hay una raza o clase de gente bastante extensa, para la que difícilmente encontramos un equivalente en Inglaterra. De pura sangre blanca, son desconocidos o irreconocibles en las ciudades; habitan en los márgenes de los poblados y en los lugares profundos y tranquilos del campo; rebeldes a toda tarea y ladronzuelos, como los gitanos ingleses; paletos ignorantes, pero con un toque de sabiduría popular y la destreza del salvaje. De dónde proceden es un punto discutible. En tiempos de la guerra invadieron el norte en multitudes para escapar del reclutamiento; durante el verano, vivían de frutas, animales salvajes y pequeños hurtos; y en las cercanías del invierno, cuando faltaban estas provisiones, construían grandes fuegos en el bosque y morían estoicamente de inanición. No obstante, ellos están muy espar-

cidos y se les reconoce fácilmente. Brutos, pero de aspecto sano, se sentarán todos los días, balanceando sus pies en una cerca del campo con la mente aparentemente tan desprovista de toda reflexión como la de un campesino de Suffolk, desinteresado por la política, la mayoría incapaces de leer, pero con una vanidad rebelde y un fuerte sentido de independencia. La caza es su actividad más apropiada, o si se da la ocasión, una pequeña detección en plan aficionado. En el rastreo de un criminal, siguiendo un caballo determinado por un camino trillado y sacando deducciones de un cabello o de una huella, uno de esos somnolientos y sonrientes Hodges de repente desplegarán actividad de cuerpo y finura de mente. Por sus nombres los podéis conocer, las mujeres figuran como Loveina, Larsenia, Serena, Leanna, Orreana; los hombres responden a Alvin, Alva, u Orion, pronunciado Orrion, con el acento en la primera. Tanto si son realmente una raza como si ésta

es la forma de una degeneración común a todos los hombres de las selvas del interior, al menos se les conoce por un dicho genérico, Escoria Blanca o Miserables.

Yo no diré que la familia Hanson fuera Escoria Blanca Pobre, porque el nombre huele a ofensa; pero, por lo que sé, no son diferentes en muchos aspectos a la gente denominada así.

Rufe mismo combina dos de los calificativos, ya que es tanto cazador como detective aficionado.

Fue él quien persiguió a Russel y Dollar, los asaltantes de la diligencia de Lakeport, y los capturó la misma mañana de la hazaña, mientras todavía dormían en un henar. Russel, un carpintero escocés borracho, era incluso cono-

cido suyo y expresó una muy grave conmiseración por su destino. En todo lo que hacía y de-

cía, Rufe era severo. Nunca le vi apresurarse.

Cuando hablaba, se quitaba la pipa con lentitud ceremoniosa, mirando al este y al oeste, y lue-

go, en tono tranquilo y en pocas palabras, exponía su asunto o contaba su historia. Sus andares eran parejos; no nos habría sorprendido si, en cualquiera de sus pasos, se hubiese girado y caminado de nuevo; tan cautelosa y lentamente y con tal aparente vacilación solía seguir su camino. Por la mañana se quedaba en la cama hasta tarde; realmente, rara vez se levantaba antes del mediodía; le gustaban todos los juegos, desde el poker al clerical croquet; y en el campo de croquet de la Casa de Peaje le he visto esforzándose hasta el final con la devoción de un cura. Se interesaba por la educación, era miembro activo de la junta escolar local, y cuando estuve allí había perdido recientemente la llave de la escuela. Su carreta se había roto, pero no parecía que se le ocurriese arreglarla.

Como todas las personas verdaderamente perezosas, tenía visión artística. Escogía la tela

estampada de los vestidos de su mujer y le

aconsejaba en la elaboración de un edredón, siempre, según ella, erróneamente, pero para el ojo más educado, siempre con un curioso y admirable gusto; el gusto de un indio. Con todo esto, era un perfecto caballero inofensivo de palabra y acto. Quitadle su pipa de barro y sería adecuado para cualquier compañía, salvo una de tontos. Tranquilo como era, ardía una profunda y permanente excitación en sus ojos azul oscuro, y cuando este hombre serio sonreía, era como el sol en un lugar umbrío.

La señora Hanson (*née*, si os parece bien, Lovelands) era más vulgar que su señor. Era además una mujer atractiva, rellenita, pálida, con unos maravillosos dientes blancos; y en sus vestidos estampados (escogidos por Rufe) y con un amplio sombrero para el sol sombreando su precioso cutis, era, lo aseguro, de una presencia muy agradable. Pero lo era superficialmente, por lo que tenía de franca y hablado-

ra. Sus carcajadas ruidosas no tenían ninguno de los encantos de una de las raras sonrisas prodigadas por lo bajo de Hanson; en la mujer no había reticencias, ni misterio, ni clase: era una lechera de primera categoría, pero su marido era una incógnita entre el salvaje y el noble. Ella entraba y salía a menudo con nosotros, alegre, sana y hermosa; él rara vez se acercaba; realmente sólo cuando había negocio, o de tarde en tarde, para hacer una visita de compromiso, arreglado para la ocasión, con su mujer del brazo y una limpia pipa de barro entre sus dientes. Estas visitas, en nuestro estado selvático, tenían un poco el aire de un acontecimiento y convertía nuestro rojo cañón en un salón.

Así era la pareja que regía el viejo Hotel Silverado, entre los árboles retorcidos, en la estribación de la montaña que dominaba la totalidad de la extensión del valle de Napa, como el hombre que desde lo alto mira hacia abajo desde la cubierta del barco. Allí

tenían su casa, con diversos caballos y aves de corral y una familia de hijos, Daniel Webster y yo creo que George Washington, entre el conjunto. No querían visitantes. Un viejo caballero, de una impasibilidad singular y llamado Breedlove (creo que había atravesado las llanuras en la misma caravana que Hanson) se alojaba con ellos durante nuestra estancia, y además tenían un inquilino permanente en forma de hermano de la señora Hanson, Irvine Lovelands. Deletreo Irvine por aproximación, ya que no pude conseguir información sobre la materia, igual que nunca pude averiguar, a pesar de muchas investigaciones, si Rufe era una contracción de Rufus o no. En aquella generación todos estaban alegremente confusos con sus nombres. Y seguramente, esto sea lo más notable donde los nombres son tan extraños e incluso los apellidos parecen haber sido inventados. Por lo me-

nos, en un tiempo, los ancestros de todos estos

Alvins y Alvas, Loveinas, Lovelands y Breedloves, debieron haber tenido una seria reunión y

encontraron una cierta poesía en estas denomi-

naciones; ésta debía haber sido, entonces, su

forma de literatura. Pero aun así, los tiempos

cambian, y sus descendientes próximos, los

Georges Washington y Daniels Webster, al me-

nos tendrán claro este punto. Y de cualquier

forma y del modo que sea como se deletree,

este Irvine Lovelands era el más rematado Ca-

libán que he conocido jamás.

La primera mañana que pasamos en Silve-

rado, cuando estábamos repletos de trabajo,

parcheando puertas y ventanas, haciendo ca-

mas y asientos y poniendo a punto nuestro tos-

co alojamiento, Irvine y su hermana hicieron su

aparición juntos, ella por relaciones de buena

vecindad y curiosidad general, él porque traba-

java para mí, a mi pesar, cortando leña, no me

acuerdo por cuánto al día. La forma en que cortaba la leña era peculiar. En aquel momento estábamos parcheando y desempaquetando en la cocina. Él se sentó en un lado y su hermana en el otro. Los dos mascaban resina y él, ante mi enojo, acompañaba ese simple placer con profusa expectoración. Ella hacía mucho ruido, hablando en voz muy alta, riéndose, agitando la cabeza, mostrando sus brillantes dientes. Él miraba en silencio, ora escupiendo fuertemente en el suelo, ora echando la cabeza hacia atrás y soltando una carcajada fuerte, discordante y sin alegría. Tenía una melena enmarañada, del color de la lana, y su boca era una mueca. Aunque tan fuerte como un caballo, no parecía ni pesado ni ágil, por el contrario, era patilargo y torpón como un potrillo. Pero quedaba claro que estaba de buen humor, disfrutando completamente de su visita y se reía con franqueza cada vez que no conseguíamos hacer lo que

intentábamos. Esto no era muy alentador: incluso para unos carpinteros aficionados era molesto, pero continuó hasta que terminamos el trabajo y comenzamos a almorzar. Entonces, la señora Hanson recordó que se tenía que haber marchado hacía una hora y la pareja se retiró y las risas de la dama fueron desfalleciendo vereda abajo. Ése fue el primer día de trabajo de Irvine bajo mi cargo, ¡que le lleve el diablo!

Regresó a la mañana siguiente, esta vez solo, y nos concedió su conversación con gran libertad. Se vanagloriaba de su inteligencia, y nos preguntó si conocíamos a la señora maestra. De todas formas *él* no podía opinar mucho sobre ella. Él la había puesto a prueba, sí. Le había preguntado una cosa. Si un árbol de cien pies de alto se cayera un pie por día, ¿cuánto tardaría en desplomarse? Ella no había sido capaz de resolver el problema. «No sabe nada», opinó.

Nos contó cómo un amigo suyo controló una escuela con un revólver y se reía de ello entre dientes con fuerza; su amigo podía enseñar a la escuela, sí que podía. Todo el tiempo estuvo mascando resina y escupiendo. Solía estar un rato mirando hacia abajo y luego giraba hacia atrás su melena y se reía roncamente y escupía y sacaba otro tema. Un hombre, nos contó, que albergaba rencor contra él, había envenenado a su perro.

—Aquello era una bajeza para un hombre, ¿no? De ninguna manera, aquello no era propio de un hombre. Pero le di su merecido: envenené a *su* perro.

Su expresión torpe, sus maneras vergonzosamente rudas, le daban un valor puro a la estupidez de sus observaciones. No creo haber apreciado nunca el significado de dos palabras hasta que conocí a Irvine: el verbo holgazanear y el nombre zoquete; entre ellas, completan su

retrato. Podía gandulear y zascandilear y frotarse contra la pared y estar más en medio que otras dos personas cualesquiera que hubiera conocido jamás. Nada de lo que hacía le beneficiaba, y sin embargo uno era consciente de que pertenecía a nuestra misma especie, de que su mente estaba trabajando de forma incómoda, resolviendo el problema de la existencia como una mascada de resina, y en su propia forma confusa disfrutando de la vida y juzgando a sus semejantes. Más allá de todas estas cosas, estaba encantado consigo mismo. No se habría podido pensarlo por sus modales molestos y turbulentos y su expresión conflictiva, pero se quería hasta los tuétanos y estaba feliz y orgulloso como un pavo real.

En realidad, la única fisura en su arnés era su autoestima. Podía conseguir un trabajo, e incluso mantener un trabajo, con halagos. Durante el tiempo que mi mujer estuvo con él,

alabando lo fuerte que era, cumplió exactamente lo que estaba haciendo, y en el momento en que ella giraba la espalda, o cesaba de elogiarle, él se paraba. Su fuerza física era maravillosa, y tener una mujer a su lado admirando sus logros, caldeaba su corazón como los rayos del sol. Sin embargo era tan cobarde como poderoso, y no le daba vergüenza reconocer esta debilidad. Una vez se necesitaba algo de la absurda

plataforma que había encima de la galería y él inmediatamente se negó a aventurarse allí: «No me gusta —dijo—, jugar por esa clase de sitios», y permitió que fuera mi mujer en su lugar, luciendo una sonrisa. La vanidad, cuando funciona, generalmente es más heroica: pero Irvine se aprobaba firmemente y confiaba en que los demás le aprobasen. Miró por encima del hombro a mi mujer y esperó decididamente a que ella lo admirase, por la fuerza de su prudencia superior.

Sin embargo, la parte más extraña de todo el asunto era quizás esto, que Irvine era tan hermoso como una estatua. Sus rasgos eran, en sí mismos, perfectos; solamente su expresión turbia, grosera y tosca era lo que los desfiguraba. Tanta fuerza residía en un marco tan mezquino que era prueba suficiente de su buen estado de forma. Debía haber sido construido un poco según el modelo de Jack Sheppard, pero el famoso allanador de moradas, podemos estar seguros, no era un patán. Fueron los extraordinarios poderes de su mente, no menos que el vigor de su cuerpo, los que hicieron que rompiera su fuerte prisión con unos utensilios tan imperfectos, haciendo útiles los mismos obstáculos. Irvine, en el mismo caso, se habría sentado, habría escupido y habría refunfuñado maldiciones. Tenía el alma de una oveja gorda, pero, contemplado como un modelo de artista, el exterior de un dios griego. Era un pensa-

miento cruel para personas menos favorecidas en su nacimiento, que esta criatura, dotada (para utilizar el lenguaje del teatro) de extraordinarios «medios», se las arreglara para emplearlos tan mal que parecía feo y casi deforme. Sólo mediante un esfuerzo de abstracción y después de varios días se descubría lo que era.

Jugando con el engreimiento del patán y estando muy cerca de él, conseguimos un sendero alrededor de la esquina del escorial hasta nuestra puerta, de forma que podíamos ir y venir con cierta comodidad, e incluso él disfrutó del trabajo, pues había cantos rodados que había que levantar físicamente, arbustos que había que arrancar y otras ocasiones para exhibiciones atléticas: pero cortar leña era un tema distinto. Cualquiera podía cortar leña, y además mi mujer estaba cansada de supervisarle y tenía que atender otras cosas. Y, resumiendo, los días pasaban e

Irvine venía a diario y charlaba y ganduleaba y escupía, pero las astillas permanecían intactas en las traviesas de la plataforma o creciendo en los árboles de la ladera de la montaña. A Irvine, como leñador, le podíamos tolerar, pero Irvine, como amigo de la familia, a tanto por día, era una imposición demasiado dura y finalmente, la tarde del cuarto o quinto día de nuestra relación, le expliqué todo lo claro que pude el aspecto que había tomado el mero hecho de contemplar su presencia. Le hice notar que no podía seguir dándole un salario por escupir en el suelo, y esta expresión, que vino después de unas cuantas otras, finalmente penetró en su obturado juicio. Se levantó de repente y dijo que si aquella era la forma en que le iba a hablar, pensaba que debería marcharse. Y al no interponerse nadie, partió.

Cuanto más lejos, mejor. Pero no teníamos leña. A la tarde siguiente bajé a la casa de Rufe

y le consulté sobre el asunto. Fue una charla muy extraña, en la grande y desolada habitación norte del Hotel Silverado, el edredón de la señora Hanson en un bastidor, y Rufe, su mujer y yo, e incluso el patán, todos más o menos violentos. Rufe anunció que no había nadie en el vecindario más que Irvine que pudiese hacer una jornada de trabajo para cualquiera. Inmediatamente Irvine se negó a volver a tener nada que ver con mi servicio, «No trabajaría más para un hombre que le había hablado como lo había hecho yo». Me encontré en el punto de la última humillación; abocado a implorar a la criatura a la que acababa de despedir con insultos: pero alcé la mano con desesperación y dije que no había nada que discutir sobre que Irvine volviera, a menos que se tratasen las cosas de forma diferente; que antes cortarían yo la leña a que me tomasen el pelo y, en resumen, que si los Hanson estaban ansiosos por colocar a

aquel tipo, yo les exigí con una resolución simplemente fingida que acabaran por rogarme que le volviese a emplear, con la solemne promesa de que sería más trabajador. La promesa, tengo que decirlo, se cumplió. Pronto tuvimos una buena pila de leña a la puerta, y si Calibán me daba la espalda y me privaba de su conversación, no pensé peor de él por ello, ni se me hicieron más largos los días por la pérdida.

Me inclino a pensar que el espíritu dominante de la familia era la señora Hanson. Su brillantez social deslumbraba un poco a los demás

y era la mejor dotada en cuanto al sentido común. Era ella la que se enfrentaba a Kelmar,

por ejemplo, y quizá, si hubiera estado sola,

Kelmar no habría traspasado su umbral. Rufe, sin duda, tenía una actitud mental fina, moderada y abierta, observando el mundo sin exageraciones, quizá podríamos decir que con demasiado pocas, puesto que carecía, junto con las

demás, de ese idealismo comercial que da tan alto valor al tiempo y al dinero. La sensatez misma es una forma de convención. Quizá Rufe estaba equivocado, pero, contemplando la vida de una forma sencilla, era incapaz de percibir que el croquet o el poker fueran de alguna forma menos importantes que, por ejemplo, arreglar su carreta. Incluso su propia profesión, la caza, era para él, principalmente, una especie de juego, que habría dado de lado si no le hubiera espoleado la imaginación. Su traje de caza, por ejemplo, me daría miedo decir cuántos pavos había costado, la moneda en la que él pagaba: estaba lleno de flecos, según la moda india, y le tenía mucho cariño. El lado pictórico de su negocio diario no lo había olvidado nunca. Siempre ansiaba posar para su retrato con sus ropas de caza de piel de ante, y recuerdo cómo una vez se animó hasta casi entusiasmarse, con sus ojos azul oscuro haciéndose perceptiblemente más grandes, mientras planeaba la

composición en la que aparecería, «con los cuernos de unos grandes ciervos de verdad y perros y un campo sobre una torrentera» (riachuelo, arroyo).

En Irvine no había rastros de esa poesía de los bosques. Ni le interesaba cazar, ni los trajes de ante. Nunca había contemplado el paisaje. El mundo, tal como se aparecía ante él, estaba prácticamente borrado por su propia figura sonriente en primer plano: Calibán Malvolio. Y a mí me parece como si, en las personas de estos dos cuñados, tuviéramos las dos caras de lo rústico perfectamente representadas: el cazador que vive realmente en la naturaleza; el destripaterrones que simplemente vive fuera de la sociedad: el uno, volcado en todo agente corporal a pleno rendimiento en una búsqueda, haciendo por lo menos una cosa con entusiasmo y con atención y profundamente vivo hacia todo aquello que la toca; el otro, en un estado inerte y bestial, caminando en un débil sueño y

recibiendo una impresión tan borrosa de las innumerables facetas de la vida que realmente no tiene conciencia más que de sí mismo. Solamente en la firmeza de la naturaleza, los bosques, las montañas y el alejamiento de la presencia del hombre, una criatura dotada con cinco sentidos puede evolucionar en la perfección de esta vanidad estúpida y grosera. En las ciudades o en los campos más ajetreados, se acuerda más o menos de la existencia de otros hombres, y si no aprende más, al menos aprende a temer el desprecio. Pero Irvine había atravesado la vida ileso, solamente consciente de él, de su gran fuerza e inteligencia, y en el silencio del universo, al que no escuchaba, fijándose con deleite en el sonido de sus propios pensamientos.

LAS BRUMAS DEL MAR

Un cambio en el color de la luz me llamaba habitualmente por la mañana. A cierta hora, los largos intersticios verticales de nuestro aguilón occidental, donde las maderas se habían contraído y separado, centelleaban de repente en mis ojos como rayas de azul deslumbrante, al mismo tiempo tan oscuras y tan espléndidas que solía maravillarme de cómo se podían combinar aquellas cualidades. A una hora más temprana, los cielos en aquel cuarto todavía estaban suavemente coloreados, pero las estribaciones de la montaña que rodeaban el cañón ya brillaban con la luz del sol en una maravillosa composición de oro, rosa y verde; y esto también encendía, aunque más ligeramente y con tintes irisados, las fisuras de nuestro absurdo aguilón. Si hubiera estado durmiendo profundamente, habría sido el vigoroso azul el

que me habría despertado; si hubiera dormido más ligeramente, entonces lo habría hecho yo mismo en aquella luz más temprana y más hermosa.

Una mañana de domingo, a eso de las cinco, el primer resplandor me llamó. Me levanté y me giré hacia el este, no por mis devociones, sino por el aire. La noche había sido bastante apacible. El pequeño vendaval privado que soplabá todas las noches en nuestro cañón durante diez minutos o quizá un cuarto de hora se había extinguido rápidamente; en las horas que sucedieron ni un susurro del viento había sacudido las copas de los árboles, y nuestra barraca, con todas sus brechas, era menos fresca aquella mañana de lo que acostumbraba. Pero no bien hube llegado a la ventana olvidé todo a la vista de lo que encontraron mis ojos, y no hice más que dar dos saltos dentro de mi ropa y bajar a la plataforma por la absurda tarima.

El sol todavía se ocultaba tras las colinas de enfrente, aunque ya brillaba a menos de veinte pies por encima de mi cabeza en nuestra propia pendiente de la montaña. Pero la escena, más allá de unos pocos rasgos cercanos, había cambiado por completo. El valle de Napa se había ido; se habían ido todas las pendientes más bajas y las boscosas laderas de la cadena; y en su lugar, a menos de mil pies por debajo de mí, ondulaba un océano uniforme. Era como si la noche anterior me hubiera acostado en un refugio de montañas interiores y me hubiese despertado en una bahía de la costa. Había visto estas inundaciones desde abajo; en Calistoga me había levantado y salido afuera por la mañana temprano, tosiendo y estornudando, bajo brazas y brazas de vapor marino gris, como un cielo nublado; una pálida visión para el artista y una experiencia dolorosa para el inválido.

Pero sentarse allá arriba, solo, al aire libre y

bajo la cúpula sin nubes del cielo, y mirar hacia abajo y ver el valle sumergido, era extrañamente distinto e incluso delicioso para los ojos. Allá a lo lejos estaban las cimas de colinas como pequeñas islas. Más cerca, una espuma humeante batía al pie de los precipicios y se derramaba en todas las calas de estas escarpadas montañas. El color de este océano brumoso era algo que jamás se podría olvidar. Por un instante, en las Hébridas y justo a eso del atardecer, había visto algo como aquello en el mar mismo. Pero el blanco no era tan opalino; no lo era, lo que sorprendentemente acrecentaba el efecto, aquella tranquilidad intensa y cristalina por todas partes. Incluso en su forma más suave el mar se afana, gimiendo entre las algas o balbuciendo sobre la arena, pero aquel vasto océano brumoso permanecía en un éxtasis de silencio, sin que el dulce aire de la mañana temblase con un sonido. Mientras seguía sentado sobre el escorial,

comencé a observar que este mar no era tan llano como parecía ser a primera vista. Allá en el extremo sur, una pequeña colina de bruma se levantaba contra el cielo, sobre la superficie general, y cuando ya había alcanzado el sol brillaba en el horizonte como las gaviotas de algún barco gigante. Había olas enormes, inmóviles, así parecía, como olas en un mar helado, aunque, cuando miré de nuevo, no estaba seguro de si después de todo se estaban moviendo, con un avance lento y augusto. Y mientras todavía estaba dudando, un promontorio de las colinas a unas cuatro o cinco millas, visible por un ramo de altos pinos, en un simple instante fue alcanzado y engullido. Reapareció al poco tiempo, con sus pinos, pero esta vez como un islote y sólo para ser engullido una vez más, entonces de forma definitiva. Esto me hizo mirar más cerca y vi que en todas las cuevas a lo largo de la línea de montañas, la bruma se estaba apilando cada vez más alto, como dirigida

por algún viento inaudible para mí. Yo podía trazar su progreso; un pino, haciéndose primero confuso y después desapareciendo tras otro, aunque a veces no había nada de esta confusión, sino que todo el blanco y opaco océano daba una sacudida y engullía un trozo de montaña de un trago. Fue para huir de estas venenosas brumas por lo que yo había dejado la costa y había ascendido tan alto entre las montañas. Y fijaos, ahora llegaba la bruma para asediarme en mis alturas elegidas, y llegaba de una forma tan hermosa que mi primer pensamiento fue de bienvenida.

Ahora el sol había subido mucho más alto y a través de todas las hendiduras de las colinas proyectaba barras de oro a través de aquel blanco océano. Un águila, o algún otra ave muy grande de la montaña venía describiendo círculos sobre las copas de los pinos más cercanos y pendía, se cernía, como si mirase hacia afuera

aquella insólita desolación, espiando quizá con terror los nidos de águilas de sus compañeras. Entonces, con un largo grito, desapareció de nuevo hacia el condado de Lake y el aire más claro. Finalmente me pareció como si la inundación estuviese comenzando a remitir. Los viejos mojones, por cuya desaparición yo había medido su avance, aquí un despeñadero, allí un pino espléndido, comenzaron ahora en orden inverso, a hacer su reaparición a la luz del día. Consideré que todo el peligro de la bruma se había desvanecido. No se trataba del diluvio de Noé; no era más que una llovizna matutina, y ahora desembocaba en el mar de donde vino. Así pues, fuertemente aliviado y en gran medida regocijado por la visión, volví a casa al amor de la lumbre.

Supongo que serían casi las siete cuando subí una vez más a la plataforma para mirar a lo lejos. El océano brumoso había aumentado

enormemente desde la última vez que lo vi, y a unos pocos cientos de pies por debajo de mí, en la profunda brecha donde estaba la Casa de Peaje y la carretera corre a través del condado de Lake, ya había cubierto la pendiente y se derramaba hacia abajo por el otro lado como un humo denso. El viento había trepado con él, y aunque yo todavía estaba en un aire calmo, podía ver los árboles agitándose por debajo de mí y su largo y estridente susurro ascendía hasta donde estaba yo.

Media hora más tarde la niebla había superado toda la cordillera en el lado de enfrente de la brecha, aunque una estribación de la montaña todavía la desviaba de nuestro cañón. El valle de Napa y sus colinas limítrofes estaban ahora completamente ocultas. La bruma blanca, soleada a la luz del sol, se derramaba sobre el condado de Lake en una catarata enorme y desigual agitando las copas de los árboles que apa-

recen y desaparecen en la corriente. El aire golpeaba con un poco de frío y me hacía toser. La

bruma tenía un olor fuerte, como el olor de una lavandería, pero con un aroma más agudo de sal marina.

Si no hubiera sido por dos cosas, el espolón que protegía como un dique y el gran valle en el otro lado que rápidamente engullía todo lo que ascendía, nuestra pequeña plataforma en el cañón ya debería haber estado sepultada a cien pies en el aire salino y emponzoñado. Por así decirlo, el interés de la escena ocupaba completamente nuestras mentes. Estábamos situados justo fuera del viento y, sin embargo, justo por encima de la bruma. Podíamos escuchar la voz de uno como música en el escenario; podíamos hundir nuestros ojos en la otra, como dentro de una cierta corriente que fluyera desde el parapeto de un puente; de esta forma contemplábamos una exhibición extraña, impetuosa, si-

lenciosa y movediza de los poderes de la naturaleza, y veíamos el paisaje familiar transformándose de un momento a otro como figuras de un sueño.

A la imaginación le encanta jugar con lo que no es. Si esto hubiera sido realmente el diluvio, habría tenido una sensación más fuerte, pero la emoción habría sido similar. Yo jugaba con la idea, como los niños se refugian en el terror encantado de las creaciones de su fantasía.

Contemplar aquello me ayudaba. Y cuando por fin comencé a huir montaña arriba, realmente era en parte para escapar del aire frío que me hacía toser, pero en parte también era un juego.

Cuando ascendía por la ladera de la montaña, una vez más dominé la superficie superior de la bruma; pero mostraba una apariencia diferente de la que había advertido al amanecer.

Ya que, primero, el sol caía ahora sobre ella desde muy alto y su superficie brillaba y on-

deaba como un gran páramo de los países del norte, cubierta con la nieve no hollada de la mañana. Y a continuación, el nuevo nivel debería estar a quinientos o mil pies por encima del antiguo, de modo que tan solo cinco o seis puntos de aquel país roto por debajo de mis pies todavía permanecía fuera. El valle de Napa se unía ahora a Sonoma, en el oeste. En el lado más cercano, sólo una fina franja dispersa de acantilados estaba sin sumergir, y a través de todas las brechas, la bruma se iba derramando, como un océano, en el azul, claro y soleado terreno del este. Allí se perdía pronto, ya que caía instantáneamente en el fondo de los valles, siguiendo la cuenca de las aguas, y las cimas de las colinas de aquel lugar todavía estaban claramente recortadas sobre la parte oriental del cielo.

A través de la brecha de la Casa de Peaje y por encima de las crestas cercanas del otro lado,

el diluvio era inmenso. Una rociada de fino vapor era lanzado a mucha altura por encima de ella, levantándose y cayendo y reventando en formas fantásticas. La velocidad de su curso era como un torrente de montaña. Aquí y allí, unas pocas copas de árboles quedaban al descubierto y después se sumergían de nuevo, y durante un segundo, la rama de un pino muerto hacía señas desde la corriente como el brazo de un hombre que se estuviera ahogando. Pero todavía la imaginación estaba insatisfecha, el oído todavía esperaba algo más. Si realmente hubiera sido agua (como parecía a los ojos), ¡con qué zambullida de trueno reverberante habría seguido su curso, desentrañando montañas y desarraigando pinos! Y sin embargo era agua, y agua de mar por cierto; verdaderas olas del Pacífico, sólo un poco rarificadas, rodando en medio del aire entre las cimas de las colinas. Escalé todavía más alto, entre la crujiente

gravilla roja y la maleza enana del Monte Santa Helena, hasta que pude mirar exactamente debajo a Silverado y admirar el favorecido rincón en el que se erguía. La soleada meseta de bruma estaba varios cientos de pies más alta; detrás del espolón protector una gigantesca acumulación de vapor algodonoso amenazaba a cada segundo con derribar y sumergir nuestra hacienda, pero el vórtice que pasaba por la Casa de Peaje era demasiado fuerte y allí estaba nuestra pequeña plataforma en brazos del diluvio, pero disfrutando aún de su intacta luz del sol. No obstante, hacia las once, una fina espuma llegó volando sobre la amable estribación y comencé a pensar que la bruma por fin había conseguido encontrar a su Jonás después de todo. Pero fue el último esfuerzo. El viento viró mientras estábamos comiendo y comenzó a soplar tempestuosamente desde la cumbre de la montaña, y hacia la una y media todo aquel

mundo de brumas marinas había sido completamente expulsado hacia el sur y volaba aquí y allá en pequeños jirones de nubes. Y en lugar de una solitaria playa marítima, nos encontramos una vez más habitando una alta ladera de montaña, con el país verde claro allá a lo lejos por debajo de nosotros, y el ligero humo de Calistoga flotando en el aire. Ésta fue la gran campaña de Rusia de aquella temporada. De vez en cuando, por la mañana temprano, se podía ver allá abajo una pequeña laguna de bruma, a lo lejos en el valle de Napa, pero las alturas no fueron de nuevo asaltadas, ni el mundo circundante volvió a estar aislado de Silverado.

LA CASA DE PEAJE

La Casa de Peaje se alzaba solitaria al lado de la carretera bajo los oscilantes pinos, con su riachuelo y su depósito de agua; sus bosquecillos, la barra de peaje y el campo de croquet bien apisonado; el mozo de cuadra junto a la puerta del establo, mascando una paja; una visión fugaz del cocinero chino en la parte trasera y el señor Hoody en el bar, sobriamente alerta y servicial e igualmente ansioso por prestar o pedir prestados libros, dormitando todo el día a la luz polvorienta del sol, más que medio dormido. En la colina no teníamos ningún vecino, salvo los Hanson. El tráfico de la carretera era ínfimo; solamente a raros intervalos una pareja en un carro, o un granjero polvoriento con un volquete, que se mueve con dificultad por «el cruce», hacia aquella parroquia metropolitana, Calistoga; y, a las horas convenidas, el paso de las diligencias.

El edificio más cercano era la escuela, carretera abajo. La directora de la escuela se alojaba en la Casa de Peaje, y desde allí caminaba por la mañana a la pequeña cabaña marrón, donde se hacía cargo de los jóvenes del distrito y allá regresaba bastante cansada por la tarde. Tengo entendido que había escogido esta situación

aislada por motivos de salud. El señor Corwin estaba tuberculoso, Rufe también, y el señor

Jennings, el ingeniero, también. En resumen, aquel lugar era una especie de pequeños Davos: gente tuberculosa que se asociaba en la cima de una colina en la más inquebrantable ociosidad. A Jennings nunca pude verle hacer nada, salvo pescar de vez en cuando y sentarse en el bar y en el porche, esperando que sucediera algo. Corwin y Rufe hacían lo menos posible, y si la directora de la escuela, pobre señora, tenía que trabajar bastante duro por la mañana, cuando terminaba se sumergía

en la misma beatitud atolondrada que el resto. Su rincón especial era el recibidor; una habitación muy fina, con ediciones de la Biblia, un retrato a lápiz de la señora Corwin en el colmo de la moda de hacía unos pocos años, otro de su hija (el señor Corwin no estaba representado), un espejo y una selección de espigas secas.

[Sobre la mesa](#) yacía religiosamente un gran

libro —creo que su nombre era *From Palace to Hovel*—, lleno de las experiencias más picantes

de Inglaterra. El autor se había mezclado libremente con todas las clases, particularmente con la nobleza, que le había recibido con los brazos abiertos, y debo decir que el viajero había pagado mal su recibimiento. Su libro, en resumen, era de capital importancia en la escuela de literatura del folletín verde; y de él surgía, en aquel frío recibidor, en aquella posada de montaña silenciosa de al lado de la carretera, una exuberante atmósfera de oro y sangre,

y «Jenkins» y los «Misterios de Londres», y nauseabundo esnobismo invertido, capaz de derrumbar a cualquiera. La mención de este libro me recuerda una imagen lejana y mucho más picante de nuestra vida en las islas. Las últimas partes de *Rocambole* seguramente se consultan demasiado poco en el país en que se

6 *From Palace to Hovel*: Desde el Palacio al burdel. (N. del T.)

alaban. Ni se puede decir que la educación de ningún hombre sea completa, ni se puede declarar al mundo ya vacío de placer, hasta que

no se haya entablado relación con «el Reverendo Patterson, director de la Sociedad Evangélica». Seguir las evoluciones de aquel caballero reverendo, que triunfa en escenarios en los que incluso el señor Duffield habría dudado en colocar a un obispo, es abrirse a nuevas ideas.

Pero, ¡ay de mí!, no había ningún Patterson en la Casa de Peaje. Junto al *From Palace to Hovel* sólo figuraba un «Ouida» de tres al cuarto. Así

que la literatura, ya se ve, no quedaba sin representación.

La directora de la escuela tenía amistades que la visitaban, otras directoras de escuela que disfrutaban sus vacaciones, un verdadero grupo de damiselas. Parecía que no salían nunca, o no más allá del porche, sino que se sentaban juntas en el pequeño recibidor, charlando tranquilamente o escuchando el viento entre los árboles. El sueño moraba en la Casa de Peaje, como un mueble: sueño de verano, poco profundo, suave y sin ensueños. Un reloj de cuco, una gran rareza en tal lugar, sonaba a intervalos en la casa con ecos y el señor Jennings abría sus ojos durante un momento en el bar y giraba la hoja del periódico, y el sonido del reloj llamaba a las directoras de escuela que descansaban en el recibidor a la conciencia de su inacción. A la atareada señora Corwin y su atareado chino se les podía escuchar realmente, en su santuario, aporreando la masa o haciendo rui-

do con los platos; o quizá Rufe había llamado a alguno de los que dormían para una partida de croquet y los golpes huecos del mazo sonaban a lo lejos entre los bosques: pero salvo estas excepciones, durante todo el día, lo demás era sueño, sol y polvo, y el viento en los pinos.

Un poco antes de la hora de la diligencia,

aquel castillo de indolencia se despertaba. El

mozo de cuadra lanzaba la paja a un lado y

comenzaba sus preparativos. El señor Jennings se frotaba los ojos; feliz señor Jennings, ese algo

que había estado esperando todo el día ¡por fin

a punto de suceder! Los huéspedes se reunían

en el porche, prestando oídos silenciosamente y

mirando carretera abajo con los ojos entrece-

rrados. Y todavía no había ninguna señal para

los sentidos, ni un sonido, ni un temblor de la

carretera de montaña. Los pájaros, para quienes

el secreto del cuco piante resulta desconocido,

debieron haber sentido instintivamente este

bullicio premonitorio.

Y después, la primera de las dos diligencias se abalanzaba sobre la Casa de Peaje con un rugido y entre una nube de polvo. Y la conmoción todavía no había tenido tiempo de remitir, cuando la segunda ya estaba a su lado. Eran trabajos enormes, con buenas monturas y bien cargadas, los hombres en mangas de camisa, las mujeres envueltas en chales, con la larga fusta restallando como una pistola; y cuando acometían aquel adormecido hostel, cada una levantando una tormenta de polvo, aquel lugar muerto florecía en la vida con charlas y estrépito. ¿Es ésta la Casa de Peaje? ¿Con su bullicio urbano, sus empujones, su infinidad de negocios urgentes en el bar? ¡No se podría creer! El sincero bullicio de aquella hora es difícilmente creíble: la emoción de la gran avalancha de cartas desde la saca de correos, la esperanza infantil y el interés que se contemplaba en los ojos de

todos estos forasteros. Sólo se detenían para hacer un alto en el camino: el chico chino vestido de azul, el magnate de San Francisco, el misterio en el guardapolvo, las memorias secretas en tweed, la dama de mirada ávida y bien calzada con su grupo de chicas; todos ellos se limitaban a dejarse ver y se marchaban; para nosotros eran cascos de barco tras el océano de la vida y sólo saludábamos sus velas en el horizonte. No obstante, fuera de nuestra gran soledad de veinticuatro horas de montaña, nos conmovíamos con su presencia pasajera. Los tasábamos y los adivinábamos, los amábamos y odiábamos, y quedábamos aturcidos en aquella tormenta de electricidad humana. Sí, como Picadilly Circus, éste también es uno de los lugares de paso de la vida. Aquí conocí a un hombre, ya famoso o infame, un centro de disparos de pistola; y otro que, si bien no se han oído rumores sobre él, rellenará una columna del

periódico del domingo cuando llegue a la horca: un forajido chino fuerte, fornido y achaparrado, con seis largas cerdas sobre sus labios; con olor a whisky, jugador de cartas y pistolas; contoneándose en el bar con la pretensión más baja de los modales europeos más bajos; soltando juramentos canallescos ingleses con su canora voz oriental, y combinando en una persona las depravaciones de dos razas y dos civilizaciones. A pesar de toda su ansia y su vigor, parecía que me miraba desde el valle de la sombra del patíbulo. Él imaginaba una quimera, y mientras apuraba su cóctel, la muerte de Holbein estaba al alcance de su mano. También una vez estuve charlando con otro de estos forasteros de paso (como el resto, en mangas de camisa y completamente tiznado de polvo), y al minuto siguiente estábamos discutiendo sobre París y Londres, teatros y vinos. Para él, que viajaba de un lugar humano a otro, esto era una

tontería, ¡pero para mí...! No, señor Lillie, no lo he olvidado.

Y actualmente, la marea de la ciudad estaba en su apogeo y comenzaba a descender. La vida transcurre en Picadilly Circus, digamos, de nueve a una, y entonces, allí también, descendiendo hacia la medianoche de los policías, las farolas y las estrellas. Pero la Casa de Peaje está lejos de la cabecera de la corriente y cerca de sus arroyos rurales; la burbuja de la marea apenas la toca. Antes de que uno hubiera alcanzado su placer, los caballos estaban enganchados, las fustas restallaban fuerte y la marea había desaparecido. Las dos diligencias se habían desvanecido hacia el norte y hacia el sur, y el ilimitado polvo persistía en los bosques. Pero todavía había un intervalo antes de que la sangre volviera a las mejillas, antes de que el oído quedase reconfortado una vez más con el silencio, o los siete durmientes de la Casa de Peaje volvieran a adormecerse en sus rincones acos-

tumbrados. Un poco más y el mozo de cuadra habría girado la gran barrera a lo largo de la carretera, y en la dorada tarde aquella posada somnolienta comenzaría a organizar sus lámparas y a preparar las mesas para la cena.

Cuando recuerdo aquel lugar (el pequeño valle verde abajo; las agujas de pino; el calor del sol, el aire fragante; aquella posada gris con tejado a dos aguas, con sus débiles movimientos vitales entre el sopor de las montañas), me despierto lentamente con un sentimiento de admiración, gratitud y casi amor. Un bello lugar, después de todo, para dormitar en una vida de dejadez, con el reloj de cuco sonando desde su lejano hogar; las mazas de croquet, evocadoras de los céspedes ingleses; las diligencias que traen noticias a diario del turbulento mundo de allá abajo; y quizá una vez en el verano, una bruma salina fluyendo por encima de nosotros con su relato del Pacífico.

UN PASEO ESTRELLADO

En nuestro dominio de Silverado hubo un interregno melancólico. La reina y el príncipe coronado cayeron enfermos de común acuerdo; y, como yo estaba enfermo en primer lugar, nuestra situación solitaria en el monte Santa Helena no se podía mantener durante mucho tiempo y tuvimos que volver rápidamente a Calistoga y a una cabaña junto al campo de croquet. Por aquel tiempo habíamos empezado a darnos cuenta de las dificultades de nuestra situación. Habíamos descubierto la cantidad de trabajo que costaba vivir en nuestro rojo cañón y el deseo más querido para nuestros corazones era conseguir un chico chino que nos acompañara cuando regresáramos. Podíamos haberle dado una casa entera para él solo, independiente, como se decía en los anuncios, y en la cuestión económica estábamos preparados para

llegar lejos. Kong Sam Kee, el lavandero de Calistoga, estaba encargado del asunto, y día a día iba languideciendo, con protestas por nuestra parte y excusas melifluas por parte de Kong Sam Kee.

Por fin, a eso de las ocho y media de nuestra última tarde, con el carro convenientemente preparado para transportarnos pendiente arriba, el lavandero, con un aire un tanto socarrón, presentó al chico. Era un chaval hermoso, caballero, ataviado de un rico azul oscuro y calzado con un blanco níveo, pero, ¡ay de mí!, había escuchado rumores sobre Silverado. Sabía que era un lugar solitario en la ladera de la montaña, sin ninguna lavandería amable en los alrededores donde pudiera fumar una pipa de opio por las noches con otros chicos chinos y perder sus pocas ganancias al juego del tan. Al principio dio marcha atrás para conseguir más dinero, y luego, cuando su demanda fue satis-

fecha, se negó categóricamente a venir. Él estaba unido a sus lavanderías y no le gustaba la vida rural, de modo que tuvimos que ir a nuestra montaña sin criado. Debió pasar cerca de media hora antes de que llegásemos a esta conclusión, permaneciendo en medio de la calle mayor de Calistoga bajo las estrellas y con el chico chino y Kong Sam Kee cantando su inglés macarrónico con las voces más dulces y con las inflexiones más musicales.

No obstante, no tuvimos que volver solos, ya que llevamos con nosotros a Joe Strong, el pintor, un compañero de lo más amable y una mano fundamental para una tortilla. No sé en qué capacidad estaba más valorado (como cocinero o como acompañante), pero lo hacía magníficamente en ambas.

La negociación de Kong Sam Kee nos había retrasado excesivamente. Debían ser las nueve y media cuando salimos de Calistoga y la noche

cayó por completo antes de alcanzar la cima.

Yo nunca había visto una noche así. Parecía echarles en cara la calumnia a todos los pintores que alguna vez habían pintado a la luz de las estrellas. El cielo mismo era de un color cambiante, innombrable, poderoso y rojizo, oscuro y lustroso como el lomo de una serpiente. Las estrellas, en innumerables millones, estaban fijas como lámparas. La vía láctea era brillante, como una nube a la luz de la luna; medio cielo parecía la vía láctea. Las luminarias mayores brillaban más claramente que una luna de invierno. Su luz se había teñido de toda clase de colores: rojo como el fuego, azul como el acero, verde como los senderos al atardecer, y cada una se mantenía tan bruscamente en su propio brillo que no tenía en absoluto la apariencia de aquel arco plano y tachonado de estrellas que tan bien conocemos por los cuadros, sino que todo el seno del cielo era un caos de luminarias contrapuestas: un desbarajuste de

estrellas. Contra éste, las colinas y las desiguales copas de los árboles se destacaban oscuras y rojizas.

Según continuábamos avanzando, las luces menores y la vía láctea primero lucían pálidas y luego se desvanecían; los innumerables huéspedes del cielo disminuían en número en sucesivos millones; aquellos que todavía brillaban habían suavizado su excesiva brillantez y habían caído de nuevo en su habitual distancia melancólica; y el cielo había declinado desde su primer esplendor desconcertante a la apariencia de una noche vulgar. Este cambio se produjo lentamente, y no obstante no había señales de ninguna causa. Después, una blancura como de neblina se cernió sobre los picos de la montaña. Un rato más y, al doblar un recodo, una gran catarata de luz plateada y una red de sombras del bosque cayeron a lo largo de la carretera y sobre el perplejo pasaje de nuestro

carro, y flotando abajo entre los árboles, contemplamos una luna extraña, deforme y meneguante, semiinclinada hacia atrás.

«¿Dónde estáis vos cuando aparece la luna?», como cantó el viejo poeta, medio en broma, a las estrellas, con una intención cortés.

*Cuando la luz del sol rodea la oscura medianoche
de la tierra, una torre de sombras derrama,*

Fluyendo a través de los anchos portales borrosos,

Invisibles para los ojos de los mortales,

*Hasta que inunda el pálido islote de la luna o las
playas doradas de la mañana.*

Así canta el señor Trowbridge con una noble inspiración. Y así la luz del sol había inundado

aquel pálido islote de la luna y su suave cara

apagaba una tras otra aquella galaxia de estre-

llas. El asombro del paseo se acabó, pero, por

alguna maravillosa conjunción de claridad en el

aire y una adecuada sombra en el valle por

donde viajábamos, habíamos visto durante un ratito aquella espléndida exhibición de los cielos de medianoche. Había pasado, pero había ocurrido; nunca volveré a contemplar las estrellas con los mismos ojos. Quien ha visto conmoverse al mar con un gran huracán, piensa en él de una forma muy diferente a quien sólo lo ha visto en calma. Y la diferencia entre la calma y un huracán no es mucho más notable que entre la cara normal de la noche y el esplendor que brilló sobre nosotros en aquel paseo. Dos de nuestra carreta conocíamos cómo brilla la noche en los trópicos, pero incluso aquello no admitía comparación. El incalificable color del cielo, los tintes de la luz de las estrellas y la increíble proyección de las mismas estrellas, saliéndose de sus órbitas, de forma que el ojo parecía que distinguía sus posiciones en el seno del espacio; éstas eran cosas que jamás habíamos visto antes y nunca volveremos a ver.

Mientras tanto, en esta noche alterada, proseguimos nuestro camino entre los aromas y el silencio del bosque, alcanzamos la cima de la pendiente, torcimos junto a la casa de los Hanson y finalmente nos detuvimos bajo la gárgola voladiza de la tolva. Sam, que había estado recostado, profundamente dormido, con la luna en la cara, bajó con el comentario de que era agradable «estar en casa». La carreta dio la vuelta y siguió su camino, con su ruido desapareciendo suavemente entre los árboles y nosotros ascendimos por el abrupto sendero, la gran proeza de ingeniería de Calibán, y volvimos a casa, a Silverado.

La luna brillaba en las puertas, en las ventanas orientales y sobre los trastos de la plata-

forma. Un pino alto junto al saledizo estaba impregnado de plata. Allá en lo alto del cañón, un gato montes nos dio la bienvenida con tres berridos discordantes. Pero una vez que hubi-

mos encendido una vela y comenzamos a examinar nuestros progresos, familiares en cualquier sentido, y contamos nuestras provisiones, era maravilloso cómo un sentimiento de posesión y permanencia crecía en los dueños de Silverado. Todavía había que hacer una cama para Strong, y había que sacar el agua para la mañana siguiente, con el cubo tintineante, y cuando hubiésemos acabado estas tareas domésticas y hubiésemos hecho alarde de nuestra fuerza y habilidades ante el forastero y tomado un vaso de vino, creo, en honor de nuestro regreso, y agrupado por fin una tras otra las tablas del puente y nos echáramos a dormir en nuestra barraca hecha añicos, bañada por la luna, nos encontraríamos entre los soberanos más felices del mundo y sin duda gobernaríamos a la gente más dichosa. No obstante, en nuestra ausencia, el palacio había sido saqueado. Los gatos monteses, como dijeron los Han-

son, habían irrumpido y se habían llevado un trozo de jamón, un hacha y dos cuchillos.

EPISODIOS EN LA HISTORIA DE UNA

MINA

Nadie podía vivir en Silverado sin sentir curiosidad por la historia de la mina. Estábamos rodeados por tantas evidencias de gastos y esfuerzos, vivíamos tan completamente dentro de los restos de aquella gran empresa, como hongos en las ruinas de un queso, que la idea del antiguo estrépito y agitación frecuentaba nuestro reposo. Nuestra propia casa, la forja, el escorial, las tolvas, los raíles, el ascensor, el montón de tablas rotas; los dos túneles, uno allá lejos, en el pequeño valle, el otro sobre la plataforma donde guardábamos nuestro vino; la galería profunda, con los destellos del sol y las gotas de agua; por encima de todo el saledizo, aquel gran saliente de la estribación de la montaña, separado por puntales de madera, en cuyo margen inmediato, a lo alto sobre nosotros, el pino se balanceaba precariamente; todo esto

representaba su grandeza. Por otra parte, la caseta del perro, el sacabotas, las botas viejas, las viejas facturas de taberna y las mismas camas que heredamos de los pasados mineros, introducían toques humanos y se nos hacía realidad la historia del pasado.

Me había sentado en una vieja litera bajo los gruesos madroños, cerca de la fragua, y sólo con echar una mirada sobre el escorial por encima del verde mundo del valle y vi el sol extendiéndose entre los restos y escuché el silen-

cio sólo roto por el agua tintineante de la galería o un murmullo de la familia real en el rui-

noso palacio, ya mi mente se había trasladado a

la época de los Stanley y los Chapman, con un

gran *tutti* de pico y barrena, martillo y yunque, resonando por el cañón, el cateador trabajando

con ahínco en nuestro comedor, los carros aba-

jo, en la carretera, y su cargamento de mineral

rojo dando botes y retumbando por la tolva de

hierro abajo. Y ahora todo se ha ido; todo ha

desaparecido en el silencio soleado y el abandono: una familia de colonos que comen en la oficina del cateador, que hacen sus camas en el gran dormitorio tan atestado antaño, que guarda su vino en el túnel en el que una vez resonaron los picos.

Pero el mismo Silverado, aunque caído en la desintegración, fue una vez un hormiguero y había triunfado sobre otras minas y otras ciudades florecientes. Hace veinte años, allá abajo, en la cañada de la parte del Condado de Lake

había un lugar llamado Jonestown, que contaba con dos mil habitantes que moraban bajo toldos

y una casa con tejado para la venta del whisky.

Alrededor del costado occidental del monte

Santa Helena había en la misma fecha un segundo campamento grande, cuyo nombre, si

alguna vez tuvo alguno, lo desconozco. Los dos

han perecido, sin dejar tras ellos ni un palo, ni

apenas un recuerdo. Oleada tras oleada de mi-

neros esperanzados habían crecido y menguado por la montaña, llegando y marchándose, ora exploradores solitarios, ora una multitud.

Último en el tiempo, llegó Silverado, levantó el gran molino, en el valle, fundó la ciudad que ahora está representada, monumentalmente, por la casa de Hanson, excavó todas estas galerías y pozos y túneles y a su vez declinó y desapareció.

Nuestros años parecen momentos en la existencia

Del eterno Silencio.

En cuanto al éxito de Silverado en su tiempo de existencia, circulaban dos versiones. De

acuerdo con la primera, se sacaron seiscientos mil dólares de aquella gran veta vertical, que todavía pendía abierta sobre nosotros con absurdos puntales. Luego el saledizo se consumió, pero allí siguió, a la búsqueda del resto, un gran empuje y una construcción de galerías en todas direcciones y una consiguiente efusión de

dólares, hasta que el gasto de todas las cuadrillas fue de mal en peor, la mina fue abandonada y la ciudad desmantelada. De acuerdo con la segunda versión, que me fue contada de una forma muy secreta, todo el negocio, la mina, el molino y la ciudad eran partes de una estafa majestuosa. Jamás habían sacado nada de plata de ninguna de las partes de la mina; no había plata que extraer. A medianoche se podían haber observado recuas de caballos de carga serpenteando por los tortuosos caminos de la estribación de la montaña. Venían de muy lejos, desde Amador o Placer, cargados con plata en «viejas cajas de cigarros». Descargaban su cargamento en Silverado a la hora del sueño y antes de la mañana se habían vuelto a marchar con sus misteriosos conductores a su origen desconocido. De esta manera, se pasó una fortuna de veinte mil libras de plata de contrabando al amparo de la noche en estas viejas cajas

de cigarros, mezclada con mineral de Silverado, acarreada hacia el molino, triturada, amalgamada y refinada y despachada a la ciudad como producto verdadero de la mina. La especulación bursátil, si puede cubrir tales gastos, debe ser un negocio provechoso en San Francisco.

Les cuento estas dos versiones como me las contaron. Pero tengo poca confianza en ambas: yo creo que la historia ha sido muy tergiversada. Pues sucedió que había llegado a vivir a Silverado en una hora crítica; estaban a punto de suceder grandes acontecimientos en su historia: sucedieron, como yo me inclinaba a pensar, y se verá que yo mismo representé un pa-

pel en aquella revolución. Y sin embargo, desde el principio al final nunca tuve la más mínima

idea de lo que estaba sucediendo; e incluso ahora, después de una reflexión profunda, me declaro confuso. Sé que hubo alguna intriga oscura del orden de las cajas de cigarros y que

yo, en el papel de marioneta de madera, tomé mi pluma en interés de alguien. Esto y no más, es cierto.

Silverado, entonces bajo mi inmediato control, pertenecía a alguien a quien llamaré señor Ronalds. Sólo le conocía por el extraordinariamente distorsionante medio del chismorreo local, ora como un importante especulador, ora como un tonto para hacer un chiste, y de nuevo, y mucho más probablemente, como un vulgar caballero cristiano como usted o como yo, que había abierto una mina y la había explotado con mejor o peor fortuna. Del mismo modo, a través de un cristal de ventana defectuoso, se puede ver al transeúnte transformarse vertiginosamente en un gigante jorobado o menguar hasta convertirse en un enano barrigudo.

A Ronalds, al menos, le pertenecía la mina; pero estaba el anuncio por el cual tendría que abandonarla sobre el 30 de junio... o más bien,

como supongo, había sido abandonada ya, y el mes de plazo expiraría ese día, después de lo cual cualquier ciudadano americano podría colocar un anuncio y hacer Silverado suyo. Esto, con una especie de tranquila astucia, me lo contó Rufe al principio de nuestra relación.

Desde luego no había plata: la mina «no producía nada, señor Stevens», pero había una cierta cantidad de hierro viejo y madera alrededor, y para tomar posesión de esta vieja madera y hierro y conseguir derecho al agua, Rufe propuso, si yo no ponía objeciones, «expropiar la posesión».

Desde luego, yo no puse objeción. Pero estaba asombrado. Si todo lo que él quería era la madera y el hierro, a santo de qué, ¿quién le iba

a impedir llevárselo? No había quien le disputase su derecho. Podía echarle mano a todo

mañana, como los gatos monteses habían echado mano a nuestros cuchillos y nuestra hacha.

Además, ¿merecería la pena transportar aquel pesado montón de tablas? Y si merecía la pena, ¿por qué no lo habían acarreado sus propietarios legales? Si merecía la pena, ¿no habrían mantenido la propiedad de estos muebles, aun después de haber perdido la propiedad de la mina? Y si no, ¿por qué era mejor para Rufe? Nada crecía en Silverado; ni siquiera había madera para cortar; más allá del sentido de la propiedad, no había nada que ganar. Por último, ¿se podría creer que Ronalds hubiera olvidado lo que Rufe recordaba? El plazo no había expirado todavía, una buena mañana podía aparecer, papel en mano, y entrar en su heredad durante otro año. Sin embargo, no tenía nada que ver conmigo, todo parecía legal; Rufe o Ronalds me daban igual.

La mañana del 27, la señora Hanson apareció como siempre con la leche, tocada con su sombrero. El plazo terminaba el jueves, nos

recordó, y me ordenó que estuviera dispuesto a desempeñar mi papel, aunque yo no tenía ni idea de cuál iba a ser. ¿Y si venía Ronalds?, preguntamos. Recibió la idea con sorna, riéndose en voz alta y enseñando sus hermosos dientes. No encontraría la mina ni aunque lo mataran, si Rufe no lo guiaba. El año pasado, cuando vino, le escucharon arriba y abajo de la carretera gritando y armando jaleo. Al final tuvo que acudir desesperado a los Hanson y ordenó a Rufe: «¡Vístete rápido y enséñame dónde está esa vieja mina!» Viendo que Ronalds había invertido tanto dinero en el lugar y que una carretera apisonada conducía directamente a la base del escorial, pensé que era un ejemplo notable. El sentido de la orientación debía estar singularmente ausente en el caso de Ronalds. Aquella misma tarde, terminada cómodamente la cena, mientras Joe Strong se ocupaba en dibujar el escorial y las colinas de enfrente,

todos estábamos juntos en la plataforma, sentados bajo los cielos teñidos, con el mismo sentido de privacidad que si hubiéramos estado recluidos en un recibidor, cuando el sonido de unos pasos vigorosos nos llegó subiendo por el sendero. Aguzamos nuestros oídos, porque la pisada parecía más ligera y más firme que lo habitual en nuestros vecinos. Y luego, efectivamente, dos caballeros de la ciudad, con cigarrillos y guantes de cabritilla, desembocaron pasada la casa. En aquel lugar parecían una blasfemia.

—Buenas tardes —dijeron. Ninguno de nosotros se había movido; todos estábamos sentados rígidos y asombrados.

—Buenas tardes —respondí, y luego, para facilitarles la cosa—: Una cuesta empinada —añadí.

—Sí —respondió el jefe—, pero le tenemos que agradecer este sendero.

No me gustó el tono del hombre. A ninguno nos gustó. No parecía violento por el encuentro, pero nos lanzaba sus comentarios como favores y nos sobrepasó autoritariamente hacia la galería y el túnel. Luego escuchamos su voz, dirigiéndose a su compañero: —Hemos ido en todas direcciones, pero no podíamos hallar la veta.

Y luego de nuevo: —Aquí se terminó.

Y una vez más:

—Todos los mineros que han trabajado alguna vez en ella dicen que en alguna parte tiene que haber una veta.

Éstos fueron los fragmentos de su charla que alcanzamos, y tenían un significado ominoso.

Nosotros, los señores de Silverado, estábamos cara a cara con nuestro superior. La peor de

todas las formas de vida pintorescas y baratas es la que al final nos depara el momento decisivo de alguna humillación. Me gustaba bastante

más ser un colono cuando no había nadie más

que Hanson; ante Ronalds, he de reconocerlo, me acobardaba un poco. Me apresuré a demostrarle fidelidad, dije que consideraba que él era el Colono y me disculpé. Me amenazó con desahuciarme, de una forma cínicamente agradable (más agradable para él, me imagino, que para mí), y luego pasó a las alabanzas de la anterior situación de Silverado. «Era la pequeña ciudad minera más concurrida que jamás haya visto»: una población de entre quinientas y mil almas, la maquinaria a pleno funcionamiento, el molino recién levantado; no corría nada más que el champán y la esperanza estaba a la orden del día. Salieron noventa mil dólares, se invirtieron ciento cuarenta mil dólares, que produjeron una pérdida neta de cincuenta mil.

Los últimos días, los días de John Stanley, tengo entendido, no eran tan brillantes; el champán había cesado de fluir, la población ya se estaba moviendo hacia otros lugares y Silverado había empezado a marchitarse en la rama

antes de que la cortasen por la raíz. El último tiro que fue disparado golpeó contra el tubo de la chimenea e hizo aquel agujero en el tejado de nuestra barraca, a través del cual el sol solía introducirse chocando en las camas después de comer. Un ruidoso último disparo para inaugurar los días de silencio.

Durante toda esta conversación, mi conciencia se ejerció convenientemente y me lancé de rodillas para reconocer mi traición deliberada.

Pero entonces yo tenía que tener en cuenta a Hanson. Estaba más o menos en la misma situación que Oíd Rowley, aquel humorista real, en el que «los sinvergüenzas habían depositado su confianza». Y una vez más, aquí estaba Ronalds en un aprieto. Él debía conocer el día del mes tan bien como Hanson y como yo. Si se necesitaba una insinuación clara, él tenía la más

clara del mundo. Pues el príncipe coronado había clavado un gran tablón en el mismo frente de nuestra casa, entre la puerta y la ventana,

pintando con cinabrio (el pigmento del país)
aleluyas y dibujos ofensivos y anunciando, en
términos innecesariamente figurativos, que ya
se había llevado a cabo la jugada y que el señor
Sam era el sucesor legítimo de Ronalds. Pero
no, nada podía salvar a aquel hombre; *quem
deus vultperderé, prius dementat*. Se fue como
vino y dejó sus derechos pendientes.

Por la noche, tarde según el cálculo de Silve-
rado, y después de que todos estuviéramos en
la cama, regresó la señora Hanson para darnos
la más nueva de sus noticias. Era como la esce-
na de un camarote de barco: todos nosotros
acostados en nuestras diferentes literas, la sim-
ple vela luchando con la oscuridad, y esta mu-
jer regordeta y amable, sentada en una maleta
volcada junto a las literas, charlando y mos-
trando sus hermosos dientes y riéndose hasta
que sonaron los pares. Cualquier barco, con seguridad, con la centésima parte
de huecos

que nuestra barraca, debería haber marchado hacía mucho tiempo a su último puerto. Hasta aquel momento, yo siempre había pensado que la locuacidad de la señora Hanson era mera incontinencia, que ella decía que en principio era por el placer de hablar y reía y volvía a reír como una especie de acompañamiento musical.

Pero ahora veo que era un arte en sí. Lo veo menos comunicativo que el silencio mismo. Yo deseaba saber por qué había venido Ronalds, cómo había encontrado el camino sin Rufe, y por qué, habiendo estado en el lugar, no había renovado su título. Hablaba interminablemente, pero sus réplicas nunca eran contestaciones.

Se refugiaba bajo una nube de palabras, y cuando me había asegurado que me estaba evitando a propósito, yo a mi vez abandonaba el tema y dejaba que hablase lo que quisiera.

Había venido para decirnos que, en vez de esperar al martes, la demanda había que hacerla al día siguiente. ¿Cómo? Si no se agotaba el

plazo, era imposible. ¿Por qué? Si Ronalds había venido y se había marchado y no había hecho nada, había menos motivos para apresurarse. Pero de nuevo, no pude conseguir una satisfacción. La demanda había que hacerla a la mañana siguiente, eso era todo a lo que ella era capaz de ceder.

Y sin embargo, no se hizo a la mañana siguiente, ni a la siguiente, y una semana entera había venido y se había marchado antes de que volviéramos a escuchar nada más de sus hazañas. No obstante, a día laborable, un día de gran calor, Hanson, con un pequeño papel en la mano y su eterna pipa encendida; Bredlove, su gran y torpe amigo, para actuar, supongo, como testigo; la señora Hanson con sus mejores galas, y todos los niños, desde el mayor hasta el más pequeño, llegaron en procesión, uno detrás de otro, sendero arriba. Faltaba Calibán, pero había sido parco en sus visitas desde la discusión, y con aquella excepción, la familia entera

se reunía como para una boda o un bautizo.

Strong estaba sentado trabajando, a la sombra de los madroños enanos junto a la fragua, y se plantaron en un círculo, uno en una piedra, otro en los raíles de los vagones, un tercero sobre un trozo de tablón. Poco a poco, los niños se fueron escabullendo hacia el cañón donde había otra tolva, algo más pequeña que la que estaba al otro lado del escorial, y tolva abajo, durante el resto de la tarde, derramaron una avalancha de piedras, unas tras otra, despertando los ecos de la cañada. Entretanto, los mayores nos sentamos juntos en la plataforma; Hanson y su amigo fumando en silencio como los grandes jefes indios, la señora Hanson sin parar de hablar como de costumbre con una locuacidad habilidosa, sin decir nada, pero atrayendo la atención como una anfitriona cortés. No se dijo ni una sola palabra sobre el asunto del día. Una, dos y hasta tres veces intenté

introducir el tema, pero me descorazoné con la apatía estoica de Rufe y quedé apabullado ante la verborrea de su mujer. En mí no hay nada de los bravos indios y comencé a interrogar con impaciencia. Al final, como un salteador de caminos, arrinconé a Hanson y le ordené que se pusiera de pie y contase su historia. Inmediatamente después se levantó muy serio, como para dar a entender que aquel no era un lugar apropiado, ni el tema adecuado para las squaws, y yo, siguiendo su ejemplo, lo conduje por el tablón al interior de nuestra barraca. Allí se colocó en una caja y desplegó sus papeles con delicada deliberación. Había dos hojas de papel de notas y un viejo aviso minero, fechado el 30 de mayo de 1879, parte impreso, parte manuscrito, la última muy borrada por las lluvias. El trozo de papel era idéntico al que la mina había utilizado el último año. Durante trece meses había soportado las inclemencias

del tiempo y el cambio de estaciones sobre un
mojón detrás de la estribación del cañón, y aho-
ra era asunto mío, extendiéndose ante mí sobre
la mesa y sentado en una maleta, copiar sus
términos, con algunos cambios necesarios, dos
veces en las dos hojas de papel de notas. Una
era para colocar después el aviso en el mismo
mojón —un montón de piedras—, y la otra pa-
ra depositar en el registro.

Rufe me observaba, fumando silenciosamen-
te, hasta que llegué al lugar del nombre del
ocupante al final de la primera copia y, cuando
le propuse que firmara, creí ver el pánico en sus
ojos. «No creo que sea necesario —dijo en voz
baja—, escríbalo debajo simplemente». Quizá
este extraordinario cazador, que era el miembro
más activo del consejo escolar local, no sabía
escribir. No habría habido nada raro en ello. El

jefe de la policía de Calistoga está, y ha estado durante años, postrado en el
lecho y, si recuerdo correctamente, es ciego. Tenía más necesi-

dad de los emolumentos que otro, y para él era fácil «delegar», con un fuerte acento en la última. Las instituciones populares son así de amigables y de libres.

Cuando acabé mi escrito, Hanson salió y se dirigió a Bredlove. «¿Puedes venir aquí un momento?», y después desaparecieron un instante en el bosquecillo de chaparrales y madroños, regresaron de nuevo sin uno de los avisos y la escritura quedó realizada. Se llevó a cabo la expropiación; un terreno de ladera de montaña, mil quinientos pies de largo por seiscientos de ancho, con todas las preciosas entrañas de la tierra, habían pasado de Ronalds a Hanson y, de paso, había cambiado su nombre de «Mammut» por el de «Calistoga». Yo había intentado que Rufe la llamase como su mujer, después como él, y después Garfield, el candidato presidencial de entonces (elegido después y, ¡ay de mí!, muerto), pero todo fue en vano. La concesión se había llamado antes Calistoga y él pare-

cía sentir seguridad en que volviera a llamarse así.

Y de este modo la historia de aquella mina comenzó una vez más a sumergirse en la oscuridad, sólo iluminada por monstruosos despliegues pirotécnicos de chismorreos. Y quizá el rasgo más curioso de todo el asunto sea éste: que hubiéramos habitado en aquel tranquilo rincón de las montañas, sin ni siquiera una docena de vecinos y, no obstante, esforzados todo el tiempo, como nadadores desesperados, en este mar de falsedades y contradicciones. Donde hay un hombre, habrá una mentira.

ESFUERZOS Y PLACERES

Debo intentar transmitir alguna noción de nuestra vida, de cómo pasaban los días y qué

placer hallábamos en ellos, qué había que hacer

y cómo nos poníamos a hacerlo en nuestra er-

mita de la montaña. La casa, después de que

hubiéramos reparado lo peor de los daños y

hubiésemos rellenado alguna de las puertas y

ventanas con trapos de algodón blanco, se con-

virtió en una vivienda saludable y encantadora,

siempre oreada y seca y frecuentada por los

perfumes exteriores de la cañada. Dentro, tenía

el aspecto de una morada, el aspecto humano.

Sólo había que ir a la tercera habitación, que no

usábamos, y ver sus piedras, su tierra residual,

su basura caída, y después regresar a nuestro

alojamiento, con las camas hechas, los platos en

el anaquel, el cubo de agua brillante detrás de

la puerta, la estufa crepitando en un rincón y

quizá la mesa torpemente puesta con comida, y ver el orden del hombre, los pequeños espacios limpios que crea para habitar, los cuales de golpe contrastaban con la rica pasividad de la naturaleza. Y no obstante, nuestra casa estaba tan destrozada y tan hecha añicos, el aire entraba y salía libremente, el sol encontraba tal número de troneras, el dorado resplandor exterior brillaba en tal número de grietas, que disfrutábamos, al mismo tiempo, de algunas de las comodidades de un techo y de mucha de la alegría y del brillo de la vida *al fresco*. Un simple chaparrón y nos habríamos calado como ratones. Pero el nuestro era un verano californiano y un terremoto era un accidente mucho más probable que un chaparrón.

Confiados en este buen clima, habilitamos la casa como cocina y dormitorio y usábamos la plataforma como nuestro recibidor estival. La sensación de privacidad, como ya he dicho antes, era completa. Podíamos ver sobre el escorial millas de bosques y cimas escarpadas;

nuestros ojos dominaban parte del valle de Napa, por donde corría el tren y los pequeños municipios se extendían tan cercanos unos de otros

a lo largo de la línea del ferrocarril. Pero aquí no habían ningún hombre que se entrometiera.

No teníamos otros visitantes que los Hansons.

Aunque no vinieran más que a largos intervalos, o dos veces al día, a una hora indicada, con leche. De este modo, nuestros días, como si nunca se interrumpieran, cundían al máximo.

Una hora se fundía insensiblemente en otra hora; las obligaciones domésticas, aunque eran muchas y alguna de ellas laboriosa, se diluían en meros islotes de trabajo en un mar de días soleados, y mirando hacia atrás, me parece como si la mayor parte de nuestra vida en Silverado la hubiéramos pasado apoyados en un recodo o sentados en un tablón, escuchando el silencio que hay entre las colinas.

Mi trabajo, es cierto, se acababa por la ma-

ñana temprano. Me levantaba antes que nadie, encendía la estufa, ponía el agua a hervir y salía a pasear por la plataforma a esperar hasta que estuviese lista. Silverado entonces todavía estaba en sombras, con el sol brillando en la montaña más arriba. Un limpio olor a árboles, un olor de la tierra en la mañana, estaba suspendido en el aire. Regularmente, todos los días, había un simple pájaro, que no cantaba, pero que gorjeaba torpemente entre los madroños verdes, y el sonido era alegre, natural y bullicioso. No llamaba la atención, ni interrumpía el hilo de la meditación, como un mirlo o un ruiseñor; era un mero parloteo silvestre, del que la mente era consciente como de un perfume. La frescura de estas sesiones matinales permanecía conmigo a lo largo de todo el día.

Tan pronto como hervía la olla, hacía gachas de avena y café; y con aquello, aparte de la extracción literal de agua y la preparación de la leña que resultaría hiperbólico llamar corte de

leña, finalizaban mis tareas domésticas del día.

A partir de entonces, mi mujer trabajaba sin

ayuda en el palacio y yo me tumbaba o paseaba por la plataforma a mi libre albedrío. El peque-

ño rincón junto a la fragua, donde encontramos

un refugio bajo los madroños para el despiada-

do sol temprano, en mi mente está realmente

conectado con algunos encuentros de pesadilla

con Euclides y la gramática latina. Éstos eran

conocidos como las lecciones de Sam. Él supo-

nía que era la víctima y el mártir, pero aquí

debía haber algún malentendido, pues mientras

que yo solía retirarme a la cama después de

una de estas citas, él no se liberaba hasta que no

salía corriendo a la casa del chino, donde había

instalado una imprenta, ese gran elemento de

civilización, y el sonido de sus trabajos resulta-

ba débilmente audible por el cañón a mitad del

día.

Caminar era una tarea laboriosa. El pie se

hundía y se resbalaba, las botas se cortaban en pedazos, entre piedras afiladas, desiguales y rodantes. Cuando atravesábamos la plataforma en cualquier dirección, era normal trazar un recorrido, siguiendo lo más posible la línea de los raíles del ferrocarril. Así pues, si había que sacar agua, el portador del agua dejaba la casa a lo largo de unos cuantos tablones inclinados que habíamos colocado, y no los habíamos colocado muy bien. Estos lo conducían a aquella carretera, la vía férrea, y la vía férrea le servía de camino hasta la cabecera de la galería. Pero a partir de allí hasta el arroyo y de vuelta de nuevo tenía que arreglárselas sin ninguna ayuda, tambaleándose entre las piedras y sorteando la pequeña altura de los calycanthus, donde las serpientes de cascabel silbaban a su paso. A pesar de todo, a mí me gustaba sacar agua. Era agradable introducir el cubo de metal gris en el agua limpia, incolora y fría; agradable transpor-

tarlo de vuelta, con el agua hasta los bordes y un rayo de sol quebrado temblando en el centro.

Pero la extrema dureza de las caminatas nos confinaba en la práctica común a la plataforma,

y en realidad, a aquellas partes de ella que eran las más fácilmente accesibles a lo largo de la línea de los raíles. Los raíles salían derechos de la galería, aquí y allá cubiertos de pequeños arbustos verdes, pero todavía enteros, y que todavía llevaban una carretilla, lo cual era la delicia de Sam, que la empujaba de un lado para otro durante horas con diversos cargamentos. A medio camino hacia abajo de la plataforma, el ferrocarril se dirigía a la derecha, alejándose de nuestra casa y bordeando a lo largo del lado más remoto apenas a unas cuantas yardas de los madroños y la fragua, y *no* muy lejos de ésta, terminaba en una especie de plataforma al borde del escorial. Allí, en los

viejos tiempos, se volcaban las carretillas y su carga se enviaba atronando tolva abajo. Además, allí estaba el único lugar por donde nos podíamos acercar al borde del escorial. En cualquier otro lugar uno se jugaba la vida cuando andaba yarda y media para asomarse. En cualquier momento el escorial podía empezar a deslizarse y arrastrarlo a uno hacia abajo y enterrarlo bajo sus ruinas. En realidad, la vecindad de una vieja mina es un sitio rodeado de peligros. Pues, a pesar de lo tranquilo que era Silverado, en cualquier momento el sonido de madera podrida podía contarnos que la plataforma había caído en la galería; el escorial podía comenzar a fluir hacia la carretera de abajo, o un puntal podía resbalarse en la gran veta vertical y cientos de toneladas de montaña podrían enterrar el escenario de nuestro campamento.

Ya he comparado el escorial con una mura-

lla, construida sin duda alguna por gente ruda y para guerras prehistóricas. Era igual que una frontera. Todo lo de abajo era verde y boscoso, con los altos pinos elevándose los unos por encima de los otros, cada uno de ellos con un perfil firme y una envergadura llena de ramaje.

Todo lo de arriba era árido, rocoso y baldío. La gran tolva de mineral roto que había condena-do la parte de arriba del cañón era producto del trabajo del hombre, su material había sido extraído con pico y pólvora y extendido con ayuda de las carretillas. Pero la naturaleza misma, en aquel distrito superior, parecía no haber tenido ojos para nada excepto la minería, e incluso la ladera natural era toda de grava deslizante y cantos rodados precarios. Cerca de la orilla del pozo las hojas se descomponían en esqueletos y momias, que finalmente alguna ráfaga más fuerte las despejaba del cañón y las esparcía por los bosques inferiores. Incluso la humedad y la materia vegetal que se pudre no

podría, con toda la alquimia de la naturaleza, confeccionar suficiente suelo para alimentar unas pocas pobres hierbas. Dicen que sucede lo mismo en la proximidad de todas las minas de plata, porque la naturaleza de esa preciosa roca está endurecida con cuarzo y emponzoñada con cinabrio. En Silverado había abundancia de ambos. Las piedras centelleaban blancas a la luz del sol por el cuarzo, y estaban manchadas de rojo por el cinabrio. Aquí, sin duda, venían los Indios de antaño a pintar sus caras cuando estaban en pie de guerra, y el cinabrio, si recuerdo correctamente, era uno de los pocos artículos de comercio indio. Ahora Sam lo tenía en su intocable posesión, para molerlo y pintar con ello sus toscos dibujos. [Pero](#) para mí siempre tuvo un hermoso gusto poético, compuesto por la historia india y la alusión de Hawthorn-
den⁷:

⁷Aquí Stevenson hace profesión de fe de buen escocés y utiliza la versión original del apellido

del novelista y poeta norteamericano de origen escocés Nathaniel Hawthorne. (N. del T.)

¡Deseo, ay [de mí! deseo un nuevo Zeuxis](#)⁸, Desde las Indias apropiándose del oro, desde los

cielos orientales

El más brillante cinabrio...

Si bien esto no es más que la mitad del cuadro, nuestra plataforma de Silverado tiene otra faceta. Aunque no había suelo y apenas una brizna de hierba, sin embargo, de estos derrumbados montones de grava y cantos rodados rotos, un jardín de flores brotaba como en casa en un invernadero. El calycanthus se extendía, como una robusta maleza, por todo

⁸Zeuxis: Pintor griego nacido en Heraclea en el siglo V a. C. Aunque no se conserva ninguna de sus obras, cuenta la leyenda que pintaba con tal realismo que a un cuadro suyo que representaba un racimo de uvas se acercaron los pájaros para picotear sus granos. (N. del T.)

nuestro tosco recibidor, estrangulando los raíles y avanzando sus conos herrumbrosos y aromá-

ticos de entre dos bloques de mineral hecho pedazos. Las azaleas construían un gran lecho de nieve justo encima del pozo. La estribación de la colina se agitaba blanca con calor mediterráneo. En las grietas de la cornisa y sobre los cornezuelos del alto pino, una floreciente planta de piedra roja pendía en racimos. Incluso el bajo y espinoso chaparral estaba espeso con brotes de guisantes de olor. Cerca del pie de nuestro sendero prosperaba la nuez moscada, deliciosa a la vista y al olfato. A la salida del sol y de nuevo a la caída de la tarde, la fragancia de los laureles llenaba el cañón y el viento de la floreciente noche debía llevarlo a cientos de pies en el aire exterior.

(*)

(**)

Toda esta vegetación, por supuesto, estaba atrofiada. Aquí el madroño no era mayor que el

manzanillo; el laurel no era más que un matorral joven; los mismos pinos, con cuatro o cinco excepciones en todo nuestro cañón superior, no eran tan altos como yo, o quizá un poco más altos, y la mayoría de ellos no me llegaban a la cintura. Para ver un árbol próspero, teníamos que mirar hacia abajo, donde la cañada estaba repleta de altas copas verdes. Pero en cuanto a flores y a perfume encantador, no teníamos nada que envidiar; nuestro montón de metal de la carretera estaba espeso de brotes, como un espino a principios de junio; nuestro rincón rojo y caluroso de la montaña, un laboratorio de aromas profundos. Era un prodigio interminable para mi mente, cuando soñaba en la plataforma, siguiendo los progresos de las sombras, donde el madroño con sus hojas, la azalea y el calycanthus con sus brotes, podían encontrar humedad para mantener tal vegetación espesa,

húmeda y cerúlea, o el laurel recolectar los ingredientes de su perfume. Pero allí crecían todos juntos, sanos, felices y haciendo felices, aunque enraizados en un área de suelo negro.

No era sólo la vida vegetal la que prosperaba. Realmente teníamos unos pocos pájaros, y ninguno de ellos tenía una voz muy digna de llamarse una canción. Mi compañero matinal tenía un fino gorjeo, poco armonioso y monótono, pero amistoso y agradable al oído. No tenía más que un rival: un compañero con un ostentoso grito de cerca de una octava más baja, sin que ni una nota siguiese adecuadamente a otra. Éste es el único pájaro que he conocido con mal oído, pero había algo entrañable en su interpretación. Se le escuchaba y escuchaba, pensando a cada momento que seguramente le iba a salir bien, pero no, siempre le salía mal y siempre mal de la misma forma. No obstante, parecía orgulloso de su canción, la lanzaba con

una ejecución y una forma propias y era encantador para su pareja. Un humano que silbara incorrecta e incesantemente tenía así la oportunidad de conocer cómo su propia música le gustaba al mundo. Dos grandes pájaros (águilas, creo) habitaban en la cumbre del cañón, entre los despeñaderos que estaban estampados en el cielo. De vez en cuando, pero muy raramente, revoloteaban en lo alto por encima de nuestras cabezas en silencio o con un chillido distante y mortecino y después, con un impulso natural, aleteaban hacia delante con velocidad, descendían sobre una colina y desaparecían. Parecían cosas solemnes y antiguas, surcando el aire azul: quizá coetáneas de la montaña que frecuentaban, quizá emigrantes de Roma, donde las alegres legiones podían haber gritado al contemplarlas en la alborada de la batalla.

Pero si los pájaros eran raros, en el lugar

abundaban las serpientes de cascabel; se le podría haber llamado el nido de la serpiente. Por donde quiera que rozáramos entre los arbustos, nuestro paso despertaba su zumbido malhumorado. Una vivía habitualmente en la pila de madera, y a veces, cuando íbamos por leña, sacaba su pequeña cabeza entre dos troncos y siseaba ante la intromisión. La cascabel tiene un prestigio legendario; se dice que inspira terror y que, una vez escuchada, se graba para siempre en la memoria. Pero el sonido no es en absoluto alarmante; el zumbido de la avispa convence al oído del peligro más rápidamente. Como una cuestión de hecho, vivimos durante semanas en Silverado, yendo y viniendo, con las cascabel surgiendo por todas partes y nunca nos atemorizamos. Yo solía tomar baños de sol y hacer calistenia en cierto agradable escondrijo entre la azalea y el calycanthus, con las cascabel silbando por todas partes como ruelas, y el siseo o el

zumbido combinado surgía más alto y malhumorado ante cualquier movimiento repentino, pero nunca me sentí lo más mínimamente impresionado ni fui atacado nunca. Solamente hacia el final de nuestra estancia, un hombre en Calistoga, disertando sobre la terrorífica naturaleza del sonido, al final me hizo una imitación muy buena y me soltó en seguida que vivíamos en la misma metrópolis de las serpientes mortíferas y que la cascabel era simplemente el ruido más común de Silverado. Inmediatamente a nuestro regreso, atacamos a los Hanson con respecto a la cuestión. Anteriormente nos habían asegurado que nuestro cañón estaba favorecido, como Irlanda, por una inmunidad completa sobre los reptiles venenosos, pero, con la perfecta inconsecuencia del hombre natural, no encontraron mejor solución que ir en dirección contraria y nos dijeron que en ninguna parte del mundo alcanzaban las serpientes

tal monstruoso tamaño como entre las rocas
cálidas y dotadas de flores de Silverado. Ésta es
una contribución más bien a la historia natural
de los Hanson que a la de las serpientes.

No obstante, una persona, mejor auxiliada

por su instinto, había conocido a la cascabel

desde el principio, y ésa había sido Chuchu, el perro. Ninguna criatura
racional ha llevado

nunca una existencia más emponzoñada por el
terror que la de aquel perro en Silverado. Cada
zumbido de la cascabel le hacía botar. Sus ojos
giraban; temblaba; a menudo estaba mojado de
sudor. Uno de nuestros grandes misterios era
su terror a la montaña. Un poco más abajo de
nuestro rincón, las azaleas y casi toda la vege-
tación cesaba. Pinos enanos no mucho mayores
que los árboles de Navidad apenas crecían en-
tre piedras sueltas y esquirlas de grava. Aquí y
allá había un gran canto rodado inmóvil sobre
una loma, que se había posado allí hasta la si-

guiente lluvia en su largo descenso por la montaña. Aquí no había guaridas para las serpientes, se podía ver claramente por donde se pisaba, y cuanto más alto iba, más tremendo y conmovedor se hacía el terror de Chuchu. Era un maestro excelente en ese lenguaje compuesto en el que los perros se comunican con los hombres, y me aseguraba, por su honor, que había algún peligro en la montaña. Me rogaba por lo más sagrado que regresáramos, y al final, viendo que todo era en vano y que yo persistía, temerario en mi ignorancia, se daba la vuelta de repente y se iba derecho cuesta abajo hacia Silverado, salpicando grava tras él. ¿A qué tenía miedo? Es cierto que había osos marrones y leones de California en la montaña, y un oso pardo visitó el corral de Rufe no hace mucho tiempo, ante la inenarrable alarma de Calibán, que salió precipitadamente a castigar al intruso y se encontró, a la luz de la luna, cara a cara con

una fiera así. Por lo menos, algo debía haber habido; alguna bestia peluda y peligrosa habitaba permanentemente entre las rocas un poco al noroeste de Silverado, pasando el verano por allí, con mujer y familia.

Y hubo, o había habido, otro animal. Una vez, a pleno día, en aquella pedregosa ladera abierta, donde las crías de pino crecían apenas más grandes que una insignia de la gorra de

MacGregor, tropecé de súbito con su inocente cuerpo, que yacía momificado por el aire seco y

el sol: un canguro pigmeo. Yo soy vergonzosamente ignorante en estos temas; nunca había oído hablar de este tipo de animal; me imaginaba a mí mismo frente a frente con alguna broma incomparable de la naturaleza, y comencé a abrigar esperanzas de inmortalidad en ciencia. Rara vez había sido yo consciente de un estremecimiento más extraño que cuando descubrí aquella criatura singular de entre las pie-

dras, seca como una tabla, su inocente corazón muy tranquilo, y completamente cálido como el sol. Sus largas patas traseras estaban rígidas, las diminutas manos delanteras estrechadas contra su pecho; su pobre vida cortada en seco en aquella montaña por algún accidente desconocido. Pero la rata canguro, según se demostró, no era tal animal desconocido y mi descubrimiento no era nada.

De grillos no había escasez. Pensaba que podía distinguir exactamente a cuatro, cada uno en su esquina, que solían hacer musical la noche de Silverado. En cuestión de voz superaban con mucho a los pájaros y su repiqueteante canto sonaba de roca en roca, preguntando y respondiendo lo mismo, como en una ópera sin sentido. Del mismo modo, los niños en plenitud de salud y energía gritan juntos, ante la desesperación de los vecinos; y su ensordecedor vocerío vano y feliz surge y desaparece,

como la canción de los grillos. Yo solía sentarme de noche en la plataforma y me preguntaba por qué estas criaturas eran tan felices, y qué no funcionaba en el hombre que no concluía su jornada con una o dos horas de gritos, pero sospecho que todos los animales de larga vida son solemnes. Tan sólo a los perros deja libres de control la Naturaleza, y parece una injusticia manifiesta para el pobre Chuchu que muera sin llegar a la veintena, después de una vida tan oscura y turbia, sacudida continuamente por el sobresalto y con la lágrima de la sensibilidad elegante permanentemente en su ojo.

Había otro vecino nuestro en Silverado, pequeño pero muy activo, un compañero destructivo. Éste era una mosca negra, fea (una termita, como la llamaron los Hanson) que vivía a cientos en el entarimado de nuestra casa. Entraba por un agujero redondo, perforado con más esmero de lo que hubiese podido hacerlo

un hombre con un taladro y parece que se había pasado la vida excavando el interior del tablón, pero nunca pude saber si era una vivienda o un almacén. Cuando solía echarme en la cama por la mañana para descansar (no teníamos sillones en Silverado) oía, hora tras hora, el agudo sonido cortante de su faena, y de vez en cuando un delicado chaparrón de serrín caía sobre la manta. No existe una criatura más trabajadora que una termita.

Y ahora que he nombrado al lector todos nuestros animales e insectos sin excepción (sólo me he olvidado de las moscas), podrá apreciar el singular silencio y privacidad de nuestros días. No era sólo el hombre el que estaba excluido: animales, el canto de los pájaros, el mugido de las vacas, el balido de las ovejas, las nubes incluso, y las variaciones de clima, también estaban ausentes aquí; y al igual que, día tras día, el cielo era una bóveda de azul, y los

pinos permanecían inmóviles en el aire tranquilo, las horas mismas se distinguían una de otra solamente por la serie de nuestros propios trabajos y el largo período del sol cuando atravesaba los cielos hacia el oeste. Los dos pájaros cacareaban un rato por la mañana temprano; durante todo el día, el agua tintineaba en la galería, las termitas pulverizaban el serrín en el entarimado de nuestro absurdo palacio; sonidos infinitesimales; y sólo con el regreso de la noche algún cambio caía en nuestros alrededores, o los cuatro grillos comenzaban a tocar la flauta juntos en la oscuridad.

Realmente, sería duro exagerar el placer que sentíamos en la proximidad de la noche. Nuestro día no era muy largo, pero era muy cansado. Tropezar a lo largo de las tablas inestables, andar con dificultad entre piedras movedizas, ir y venir por agua, gatear por la cañada a la Casa de Peaje a buscar comida y cartas, cocinar, hacer las camas y encender el fuego, era todo

agotador para el cuerpo. Además, la vida puer-
tas afuera, bajo el feroz ojo del día, incita el es-
píritu animal. Hay ciertas horas en la tarde en
las que un hombre, a menos que tuviera una
salud fuerte o gozara de una mente vacía, más
bien se arrastraría a un rincón frío de la casa y
se sentaría en las sillas de la civilización. Por
aquella época, las agudas piedras, las tablas, las
cajas volcadas de Silverado, comenzaban a ser
molestas para mi cuerpo; proseguía aquella
interminable y desesperada búsqueda de una
postura más cómoda; estaba enfebrecido y can-
sado del estridente sol; y justo entonces, co-
menzaba cortésmente a difuminar su presencia,
las sombras se alargaban, los aires aromáticos se despertaban, y un
indescriptible pero feliz
cambio anunciaba la llegada de la noche.

Las horas del atardecer, cuando nos veíamos
envueltos en la amigable oscuridad, transcurrí-
an veloces. Al unísono con los grillos, la noche

nos traía un cierto espíritu regocijante. Era bueno saborear el aire; bueno fijarse en el alborar de las estrellas, cuando incrementaban su brillante compañía; también era bueno recoger piedras y mandarlas chocando tolva abajo, una onda de luz. De algún modo parecía la recompensa y el remate del día. Así sucede cuando los hombres habitan al aire libre; hay un pequeño placer que perdemos viviendo protegidos y cubiertos en una casa, y es que, aunque la llegada del día sea aún la que más aliento otorga al espíritu, también es verdad que la despedida del día y el regreso del frescor nocturno nos renuevan y apaciguan; y en los pastos del crepúsculo quedamos, como ganado, dichosos con la ausencia de la carga. Nuestras noches nunca eran frías, y siempre tranquilas, excepto por una notable singularidad. Regularmente, alrededor de las nueve en punto, se levantaba una brisa cálida y soplaba durante diez minutos, quizá un cuarto de hora,

bajando por el cañón, extendiéndose por él como un abanico, oreándolo como una madre orea el cuarto de los niños antes de que se vayan a dormir. Hasta donde yo podía juzgar, en la clara oscuridad nocturna, este viento era puramente local: quizá dependiera de la configuración de la cañada. Por lo menos, era muy bien recibido por los colonos cansados y acalorados; y si todavía no estábamos en la cama, este viento liliputiense del valle solía ser nuestra señal para retirarnos.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web